Los baches del camino.

Código de registro safecreative.org 1704201833892

Rosa María García Palacio

2017

A ellos, a los protagonistas de esta historia, todos. Sin sus vidas, sin ellos, sin sus decisiones no habríamos llegado a este punto de la historia.

Recuerdo, del latín «recordari»

Prefijo «re-» que significa «de nuevo»

y la palabra «cordis» sinónimo de «corazón»

Esta novela está basada en los recuerdos de María Teresa Palacio Orrite y en los que me contó a mí su madre, Isabel; los huecos los rellenó con su permiso mi imaginación.

La verdad nunca es absoluta.

Prólogo

No era fácil la vida en 1929 el año de mi nacimiento, no era fácil para nadie, así que imaginaros para nosotras, para mi madre, sin dinero, ni marido y para mí que había llegado a este mundo sin apellidos bajo el brazo. Luego llegó la guerra y la dictadura que nos lo arrebataron todo y complicaron nuestra existencia.

¡Siempre he querido contar mi historia!

Y me ha gustado relatar este trocito de mi vida, del tiempo que viví, el que me tocó vivir imaginando que dentro de este aparatito tenía un atento público, que no hablaba sola, que lo que hacía tenía un sentido. Hacerlo ha llenado este tiempo tan vacío que ya no me sobra porque el próximo tres de octubre cumpliré ochenta y ocho años, ya soy vieja.

Y solo espero.

Mientras lo hacía, guardando en esta pequeña grabadora mis recuerdos unas veces en la soledad de mi habitación, otras bajo la sombra del rancio sauce del jardín de la residencia donde desde hace un tiempo paso mis días sentada en esta silla de ruedas algunas veces además de mi voz se escuchaba el dulce trinar de un pájaro.

Pero he de reconocer que durante este tiempo estos ojos que apenas ven han vertido infinidad de lágrimas, que me ha dolido volver a recordar mi infancia, la Inclusa, la guerra, las bombas de diciembre del 36 sobre el colegio, a Sor Manuela y el largo traslado hacinados en camiones del ejército perseguidos por la aviación.

Que me ha dolido evocar a mi maman y los dulces años de mi destierro en Francia.

Recordar a Eduardo, su historia y aquella prematura necesidad de crecer que siempre sintió, de hacerse un hombre porque aquellos fueron malos tiempos.

También mi adolescencia, el duro regreso a España y que un día viví en un mundo de hombres donde las cartillas de racionamiento marcaban tu dieta y la mujer no tenía derechos porque no era nada e inconscientes vivíamos ese presente que ellos nos regalaban en forma de miguitas de pan.

Y la magia de los días en que no estuve sola.

¡Y fui la mujer más feliz del mundo!

# El orfanato.

Tenía apenas 6 años cuando estalló la guerra, y aun así lo recuerdo bien. Yo estaba interna en "La casa de Misericordia de Guadalajara" donde me había dejado mi madre porque no podía mantenerme y un señor de la Riba de Saelices que era el director por entonces le prometió que me iban a cuidar bien, que las monjas que lo regentaban eran muy buenas y piadosas y que de una niña tan chiquita y bonita seguro que se encariñaban pronto.

A aquel lugar iban a parar todos aquellos niños que no tenían padres, niños a los que nadie quería y tenían que quedarse allí hasta que fuesen mayores y capaces de ganarse la vida.

Eran niños repudiados, huérfanos, también de cariño, ignorados, olvidados por el mundo, recluidos: unos ocultando la vergüenza y la miseria de sus progenitores tras altos muros de piedra, otros recogidos por las calles evitando así la indigencia y sus pillerías. Desamparados, sin derechos pero con obligaciones; aprendiendo a golpe de vara y cinturón cuatro letras, dos sumas y tal vez un oficio. Maltratados por la ignorancia y el augusto desprecio del hábito y la misericordia; sobreviviendo con picardía al hambre y al férreo castigo del alzacuellos y con obediencia al devenir y al paso de la soledad de sus vidas. Pagando, purgando con misas, rezos y aves marías por la culpa que no tenían y erróneamente convencidos que tras esos muros les esperaba una vida mejor.

Aquel sitio era "La Inclusa".

Pero yo era muy pequeña para saber donde estaba y porque. Era muy pequeña para entender los motivos, demasiado pequeña para entender. Y mis recuerdos de aquel lugar no son tristes ni alegres, tan solo son recuerdos de mi infancia. Y sé que muchas de las cosas que ocurrían allí las he olvidado, y así como salen del cajón del recuerdo aquellos que más me afectaron se mantienen ocultos otros que se acabaron y que pasaron a ser recuerdo desde el mismo momento en que ocurrieron.

Y al igual que Sor Manuela es uno de esos recuerdos vivos de mi infancia lo es también, aunque no recuerde su nombre, una maestra que tuve durante mi adolescencia estando ya viviendo en el pueblo. No se había casado, decía ella que porque ningún hombre la quería porque tenía una pierna más larga que otra, pero yo creo que en realidad era ella la que no quería saber nada de los hombres. A mí me trataba como a una hija y en clase nos enseñó muchas cosas, pero sobre todo respeto. Muchas veces no me apetecía salir al recreo a jugar y me quedaba charlando con ella o en silencio mientras corregía los cuadernos.

Un día le pregunté “¿Qué es un Orfanato, seño?” y ella me contestó “*Un orfanato no es más que un colegio, Tere*”.

Pero luego me contó que en época de Alfonso X el Sabio, allá por el siglo XIII, se crearon los primeros auspicios para niños huérfanos regentados por órdenes religiosas y mantenidos con la limosna.

A aquellos niños que en la mayoría de los casos ni tenían nombre se les ponía uno y se les asignaba un apellido como Expósito, San Miguel, de Dios o la Cruz para poder inscribirlos en el Registro Civil; pero que no fue hasta el XVIII cuando una creciente preocupación por su utilidad a la sociedad llevó al estado, bajo el reinado de Carlos III, a crear “las Casas de Recogimiento de Niños Desamparados” donde poder enseñar algún oficio a los “Expósitos”, que significa huérfanos, encargando, con mejor o peor fortuna, su organización a distintas órdenes religiosas dependiendo de la provincia donde se localizaban los centros, bajo la dirección primero de Juntas laicas, normalmente compuestas por señoras de alta cuna, y después bajo una sola persona también ajena a la orden y mantenidas ya con fondos públicos. Y que no eran mejores las unas que las otras ya que ninguno de los dos sistemas tenía muy en cuenta las necesidades reales de aquellos niños.

Luego me mandó escribir lo que ella me había contado y leerlo después en clase.

Tuvo mucha polémica entre mis compañeros la exposición: algunos se sorprendieron, pero muchos, reconociendo los apellidos que yo misma había nombrado, se acusaron unos a otros entre burlas y carcajadas de tener sangre inclusera. Y yo comprendí por fin muchas cosas.

Creo que por eso lo recuerdo tan bien.

Pero aún sin saberlo, yo tenía suerte, no era como ellos, mi madre sí me quería y siempre tuvo intención de recogerme, solo que pese al tiempo trascurrido aún no había podido hacerlo y yo la esperaba paciente recordando sus besos, su olor a jabón, sus abrazos y aquellos intensos ojos azules sin saber que cada día las cosas estaban peor: el país en una gran crisis y hambre y revueltas y vivir en un pequeño pueblo de poco más de quinientos habitantes, a más de cien kilómetros de una capital de provincia, en la sierra de Guadalajara, donde la agricultura era el único medio de vida, con dos niñas pequeñas, sin apenas tierras y sin marido era muy, muy difícil.

Y sé que no tuvo otra opción. A buen seguro que la familia de su difunto marido la ayudaría con las tierras y la pequeña, pero dijeron que *“no había para todos y yo no era nada suyo”.* Yo no tenía padre y no querían más cargas. ¡Cuántas veces me pidió perdón por aquello el abuelo de mi hermana!

Así que a la pobre no la quedó más remedio que entregarme a aquel hombre y guardarse para ella el miedo y la pena de no volver a verme.

Recuerdo las camisas blancas bajo el uniforme gris y los holgados babis pardos casi hasta los tobillos en los más pequeños y sobre las rodillas de los mayores. Recuerdo el comedor repleto de niños en silencio, con los ojos cerrados, los codos apoyados sobre toscas mesas de madera sin pulir y las palmas de las manos una pegada a la otra bendiciendo los escasos alimentos. Y los reglazos en los traseros. También risas y carreras al salir al recreo tras las pesadas clases. Y ver al pasar frente *“al aula de los mayores”* filas de chicos castigados con las manos en cruz sujetando unos libros sobre la cabeza y las manos mirando hacia la pared, junto a la pizarra. Y volverlos a ver de regreso a mi clase tras haber comido, haber dormido la siesta y salido un rato a jugar al recreo.

Recuerdo a los curas, sus capones, a las monjas y sus pellizcos en el trasero y en los brazos y aquellos largos pasillos sin fin. Las amplias escaleras por donde subíamos ordenados por edades y en cadena en absoluto silencio, las habitaciones y las impecables colchas alineadas en largas filas. Pero sobre todo que por las noches, tras el toque de un silbato, todos teníamos que estar en la cama porque apagaban la luz.

Recuerdo el miedo, la soledad y la oscuridad de los primeros días.

Y tuve suerte porque, a pesar de aquel lugar, encontré a Sor Manuela.

Según me contó años después mi madre pese a tenerla muy presente en mi recuerdo ella nunca pudo a ir a visitarme, pero sé que el director la mantenía informada de mis asuntos y de mis progresos en la escuela por carta y en las escasas ocasiones en que él venía al pueblo, y me daba las cosas que ella me mandaba, sobre todo besos pues no tenia gran cosa, y él le entregaba los cuadernos que yo dibujaba. Mi hija pequeña aún guarda un viejo dibujo que encontró entre sus papeles y legajos de cuando vació su casa en el pueblo: una niña y su mamá agarradas de la mano. La una pintado su cabello y sus ojos de marrón, la otra con la melena garabateada de amarillo y los ojos de un intenso azul cielo.

A las dos las pinté sonriendo.

De entre todos aquellos papeles, cuadernos y dibujos que encontró mi hija de mi infancia y que sin yo saberlo había guardado mi madre durante toda su vida no creo que encontrara ninguno de mi padre, no lo conocía y tampoco creo que le echase en falta porque hasta que estalló la guerra ni siquiera sabía que un niño tenía que tener papá.

Pero a pesar de no saberlo y de no echarle en falta yo estaba allí por eso, porque no tenía padre. Al menos legalmente porque él, aunque mandaba algo de dinero para mantenerme, no había querido casarse con mi madre y mucho menos reconocerme, y su familia tampoco se interesó por mi nunca; pero tenía a mi madre y a mi madrina, que cuidó de mi mientras ella trabajaba y cuando se puso tan enfermo mi abuelo y madre tuvo que irse al pueblo unos meses.

# Isabel.

Isabel, Isabel Orrite Guerrero, así se llamaba mi madre. Y trabajaba en casa de una "Gran Señora" como empleada y señorita de compañía de su hija, María Teresita, en un bonito palacete de la calle Claudio Cuello de Madrid cuando quedó en estado. Y ese había sido siempre su trabajo, no conocía otro porque desde que se marchó de Sotodosos en 1918 con apenas trece años siempre había trabajado allí.

Ella nunca había salido de su casa, ni siquiera de visita a los pueblos vecinos y recuerdo ver el miedo reflejado en sus ojos cuando me relató su viaje una tarde mientras me ayudaba a coser unas cortinas para el salón en nuestra nueva casa del Parque de Lisboa. Me contó que tuvo que hacer muchos kilómetros andando bajo la fría lluvia, pero como los dos estaban acostumbrados a andar ligero y su hermano llevaba una buena manta para cubrirse apenas se mojó ninguno.

También que una vez en Alcolea poco tuvieron que esperar en la calle porque enseguida llegó el carro que la habría de bajar hasta Sigüenza. Abrazada a él y entre lágrimas se despidió de su hermano, le prometió cuidarse y le encargó a él “*velara mucho por madre*”. Subió al carro, se sentó sobre unos sacos de harina y de entre su equipaje sacó el almuerzo que le había preparado su madre. Sonrió al comprobar que allí estaba también el del hermano, comió un poco y decidió guardar el resto para el camino, pero cuando ya estaba cerrando el paquete se dio cuenta de que un niño que había sentado a su lado y en el que aún ni había reparado la miraba con cara de hambre. Volvió a abrir el paquete y le cortó un cacho de tocino y pan.

En la estación sí, en la estación tuvieron que esperar un rato porque como era el primer viaje de la mañana la mula iba descansada y con el carro casi vacío habían tardado menos de lo previsto en bajar. Sacó el billete, se sentó en uno de los bancos frente a la vía y se preparó a esperar. Al rato el señor que estaba sentado junto a ella le preguntó “*¿ande vas?*” e Isabel contesto “*a Madri*”. “*Pues si no te quies venir conmigo a Barcelona mas te vale cruzar la vía*”. Sintió como la calentura inundaba sus mejillas pero Isabel ni contestó, cogió sus bártulos y cruzó las vías.

Llegó el tren y aunque apenas cuatro personas esperaban junto a ella en el andén le costó subir al vagón porque estaba atestado de gente y de animales. Buscó asiento mientras trabajosamente se hacía sitio en aquel caos y encontró hueco entre una mujer que llevaba una gran jaula con cuatro gallinas sobre su regazo y una niña pequeña que la acompañaba y que no consintió en sentarse junto a su *parienta* y dejarla a ella en la esquina, *decía que por si tenía que salir corriendo*, y que luego se pasó el viaje entero dormitando sobre el brazo de mi madre que no tuvo valor para retirarla a pesar de estar llena de mocos, mas lámparas en su camisa que en una iglesia y el pelo tan sucio y enredado que solo cortándolo podría peinarse alguna vez y quitarle la cantidad de piojos que habría en ellos.

Las gallinas también pasaban el rato durmiendo pero a menudo, asustadas por los bruscos movimientos y el traqueteo del tren, revoloteaban inquietas en su jaula y entonces las plumas volaban en el ambiente hasta que poco a poco iban cayendo al suelo que ya estaba lleno de mierda. Algunas no caían sino que se pegaban sobre el pelo y la cara de la criatura. Esta, de vez en cuando se pasaba la mano incomoda.

¡Como para salir corriendo la niña!

Tanto animal junto y toda aquella humanidad hacía que se masticase el ambiente con un olor seco y nauseabundo a mierda, sudor, caca y orines. De vez en cuando Isabel acercaba la nariz a su brazo e inspiraba fuerte para poder recuperar el aliento porque a pesar del olor las ventanas del coche iban cerradas y sólo se renovaba el ambiente cuando paraban en alguna estación y las puertas del vagón se abrían por un rato porque en la calle hacía mucho frío.

¡Y más vale humo que escarcha! debía pensar la gente.

Los asientos eran de madera y en cada uno tenían que sentarse como poco tres personas, porque los animales no contaban, le había explicado su hermano. La mujer era bastante gruesa y la jaula ocupaba también su espacio por lo que la niña y ella casi iban sentadas en la misma esquina. En cada estación subía siempre alguna persona y el vagón cada vez estaba más lleno y ahora hasta en los pasillos además de animales había gente que intentaba mantener el equilibrio como podían agarrándose a los asientos. Isa iba nerviosa porque le asustaba que alguien le pudiera robar los tres céntimos que le había dado su madre y que se los había guardado entre los pechos, como le había visto hacer a ella infinidad de veces, pero Isabelita apenas tenía entonces de eso y como el coche no paraba de moverse se le fueron deslizando bajo la enagua. Y eso que de vez en cuando palpaba el bulto, pero en una de esas ya no estaba.

Se levantó.

La pequeña cayó al suelo despertándose sobresaltada y echó a llorar; solo se veían sus viejas botas sin cordones batiéndose desesperadas en el aire porque ella había caído bajo las piernas de una vieja quedando atrapada entre esta, los asientos de al lado y sus sayones. Las gallinas comenzaron a revolucionarse cacareando desesperadas y bañando de pequeñas plumas blancas el ambiente y mi madre con las faldas levantadas hasta la cintura revolviendo las enaguas en busca de su preciado tesoro ante la asombrada mirada de los pasajeros y las voces de la mujerona que ya no sujetaba la jaula porque también se había puesto en pie dejando esta sobre los asientos, casi aplastándola y llamándola de todo por tirar al suelo a su niña.

Pero madre no hizo ni caso de todo aquel alboroto atenta tan solo a encontrar las monedas. ¡Menos mal que el pañuelo donde estaban envueltas terminó enganchándose en la goma de su braga y pudo recuperarlo antes de desnudarse entera!

Yo no podía parar de reír imaginándome la escena y ella se enfadó conmigo; *“Si tanta gracia te hace no cuento más”* me dijo muy ofendida. Pero cuanto más enfadada la veía más reía yo, no podía parar y hasta me pinché con la aguja. Entonces se levantó del sofá y fue a la cocina a beber agua mientras yo continué cosiendo mis cortinas entre carcajadas.

Cuando regresó vi por el rabillo del ojo que también ella sonreía y entonces le dije “*siéntate madre y cuéntame porque te fuiste*”, intentando ocultar la sonrisa que sin poder evitar aún se dibujaba en mis labios. Madre se sentó y continuó muy digna su trabajo en silencio. Al rato comenzó a hablar sin dejar de coser, y yo deje de coser atenta tan solo a su relato.

# Pasmá.

Me contó que él, Manuel Orrite, mi abuelo, una fría noche del mes de marzo durante la cena, sin siquiera levantar la vista del plato y sin dejar de comer, había ordenado “*que en cuanto acabase su cena subiese a preparar sus cosas y directa a la cama. Que al día siguiente a las cinco su hermano la acompañaba a Alcolea para coger un carro a Sigüenza, y a Madrid. Que allí la estaría esperando el tío Meterio para acompañarla a su nuevo trabajo*”.

Ella en ese instante, justo cuando las campanas de la iglesia daban las ocho, entró en pánico. No sabía si esa orden iba dirigida a ella porque no había dicho su nombre. El abuelo tenía aquella manía de decir las cosas sin dirigirse a nadie en concreto y los demás tenían que averiguar en quien estaba pensando él; pero temió lo peor: La orden iba dirigida a una mujer, eso había quedado claro, así pues los chicos descartados. Su hija ya estaba prometida y a punto de desposarse. Descartada también. Basi era dos años menor que Isabel y Encarna no había cumplido los siete. De todas las candidatas ella llevaba casi todas las papeletas.

Así que entró en shock y con él llegó la flojera: tragó como los pavos lo que tenía en la boca y la mandíbula se le cayó hacia abajo dejando está abierta de par en par, se le escurrió la cuchara de entre las manos estampándose con un ruido seco sobre el plato, salpicando de sopa a su madre y a su hermano que con el ruido de las campanas y como estaban mirando a Manuel ni se dieron cuenta y este tampoco que continuó hablando sin levantar la mirada del plato y sin dejar de masticar los trozos de ajo de su sopa. Pero como ella se había quedado de piedra no pudo aprovechar el desliz para recoger al menos un poco el destrozo y al final todos se dieron cuenta, pero callaron. Todos menos su padre que viéndola así de *pasmá* le dijo: *“¡Vamos chica come que te ties que ir a dormir. Tu madre y tu hermana recogerán esta vez la mesa.”*

Y con esa nueva orden quedó meridianamente claro que ella ¡Había sido la ganadora del sorteo!

Isabel no pudo dejar de mirarle, ni siquiera pudo moverse de la mesa, ni probar bocado y mucho menos preguntar.

Tampoco podría hacerlo porque allí mandaba “el Manuel” y se hacían las cosas sin rechistar. Pero su madre sí, su madre si preguntó “*que porque tantas prisas*” y entonces Manuel contestó que “la Teo”, su sobrina, se había puesto enferma y que Isabel tenía que ir por ella. *“Es una buena casa, el trabajo es cosa hecha y una oportunidad que no vamos a desperdiciar”* dijo cerrando el tema, porque después en la mesa nadie volvió a abrir la boca.

*“¿¡Qué podría haber dicho o hecho yo si padre ya había hablado!?”* me preguntó muy seria.

Así que no había sido decisión suya, había sido el azar queriendo que su prima enfermara para que tuviera que sustituirla ella. Isabelita, que así la llamaba su madre, no se habría ido nunca; a mi madre le gustaba vivir en el pueblo y por su carácter un poco retraído aquel viaje no estaba en su horizonte y le costó mucho adaptarse a la capital: tanto jaleo y todas aquellas comodidades en las casas y en el transporte le habían venido siempre demasiado grandes. Pero entendía porque lo había hecho su padre porque tonta no era y no salían las cuentas: muchas bocas que alimentar para pocas tierras que labrar. Y ella era mujer, no servía para otra cosa que fregar.

Pocas veces se sinceró mi madre conmigo como en aquella ocasión. No le gustaba hablar y mucho menos de su pasado, la mayoría de las cosas que puedo contar de ella las viví yo o me la contaron otros.

# Manuel y Fora.

Por su hermana menor Basilisa supe muchas cosas.

Cuando estaba en el pueblo me gustaba ir a su casa por las tardes a ayudarla con los chicos, a coser y si estábamos solas charlábamos entonces un rato y me contaba viejas historias. Cosas como que mi abuelo Manuel era el menor de cinco hermanos de uno de los caciques del pueblo y con bastantes tierras pero como por aquellos años existía el mayorazgo el mayor se llevó la mitad más un quinto de la otra mitad, y quedó muy bien servido, pero el resto se había tenido que conformar con el quinto de la mitad restante. Y él era viudo y aún tenía que alimentar a dos hijos más de su anterior matrimonio, y aunque las tierras de la difunta no eran pocas pronto las tendría que ceder a sus hijos; sus legítimos herederos.

Su madre Telesfora era natural de Esplegares y la mediana de una humilde familia de ganaderos por lo que su aportación al matrimonio no fue más de cuatro telas y unas cabras. Apenas tenía once añitos cuando la casaron con Manuel, y durante sus primeros años de matrimonio solía salir a jugar a los alfileres con las niñas del pueblo y con su hijastra, que era un par de años mayor que ella, mientras se cocía el puchero y cuando mi abuelo y su hijo estaban en el campo. No le quería. De hecho dudo que nunca supiera de amores. Pero sé que le llegó a apreciar sinceramente y que cumplió y que hizo siempre lo que se esperaba de ella.

Él tampoco la quería.

Se trataba de una solución práctica, necesitaba a alguien que se ocupase de sus hijos, de la casa, del huerto y de cubrir las necesidades propias de su sexo. Tampoco su condición económica le permitía elegir. Fue como cuando vas a una tienda y tienes pantalones caros y baratos, si tienes dinero te compras los buenos, si no lo tienes te conformas con los otros. Y Telesfora aunque mona era muy poquita cosa y no era más que una niña, ni siquiera se había formado, aún tendría que esperar un poco antes de poder desflorarla, pero era lo que había y él aún era joven, acababa de cumplir cuarenta y cuatro años.

De los ocho hijos que tuvo uno había nacido muerto y cuatro de ellos fueron hembras y a él no le gustaban las hembras: “*no servían pa trabajar*”. A él le gustaban los machos *“porque ellos eran el sustento de las familias y entre tanto podían ayudar en casa”*. Por eso cuando tras cada parto la matrona le daba la noticia se arrancaba la gorra y decía: *“¡Caguen too!”*, le daba una patada al suelo, “*Otra raja pal techo*” y se marchaba a dar una vuelta al campo. Si era hombre daba un salto, soltaba una carcajada que le salía del alma, se cambiaba la camisa y salía a celebrar a la tasca “*que había tenio un varón*”. Pero nunca entraba a ver a mi abuela.

A mi abuelo rara vez podías verle su rubio, corto y ondulado cabello, tan solo cuando se enfadaba, estaba en la cama o en la iglesia, porque la boina nunca se le caída de la cabeza. Era un hombretón de más de metro ochenta, mucho para la época, fuerte, también de carácter y con unos ojos azules que se te clavaban hasta el alma cuando te miraba. Labios finos pero generosos, nariz grande y aguileña, y con una de sus manos te cubría toda la cara. Recto y cabal, de esos de los que llevaban los pantalones en casa y acudían a misa los domingos con devoción. Era honrado y paciente y esperó hasta que su mujer tuvo la primera regla.

Telesfora por su parte fue haciéndose de a poquitos a la vida de casada: saber sabia fregar, pero nunca había cocinado, ella solo había cuidado cabras, y tuvo que aplicarse bastante porque a su marido le gustaba comer y para colmo la casaron en vísperas de matanza; suerte que su hermana mayor María, la tía Mariote, también estaba casada en el pueblo y le ayudó mucho. Pero lo de sembrar y regar el huerto lo llevaba cuesta arriba, no le gustaban las plantas y no se le daban bien. Manuel fue muy paciente y le ayudó en la tarea y hasta restaba importancia cuando las alcahuetas le contaban que su mujer salía a jugar con su hija a la plaza cuando él no estaba en casa; le hacía gracia.

Cuando llegó el momento no le gustó aquello, pero soportó con resignación que su marido la cubriese con demasiada frecuencia. Aquello era un mal menor. “*Peor hubiera sido que no la diera de comer o que la pegara unos palos como le ocurría a muchas*”. Y Manuel nunca la tocó.

Luego se le acumularon los hijos y no le quedó más remedio que crecer.

Isabel al principio, durante unos años, pensó que habría sido mejor que la hubiesen casado en el pueblo como a su madre, pero luego cambió de opinión.

Cambio de opinión porque le conoció a él y él compensaba con creces su necesidad de volver.

Con veinte años solo pensaba en él.

# ¡Vamos chica!

Cuando el tren paró en la estación aún no llovía, y en silencio comenzaron a salir a la calle. Isabel no podía creer lo que estaba viendo: el edificio más alto que había visto ella era la Iglesia del pueblo y ¡aquello la superaba con creces! A cada paso se giraba en redondo admirando aquella imponente construcción mientras su tío sonriente la apremiaba a continuar “*¡vamos chica que se nos hace de noche!*” reprimiendo una sonrisa. A él también le impactó Atocha la primera vez.

Ya en Santa María de la Cabeza se dio cuenta de que las calles cada vez eran más anchas y de que estaban empedradas con losetillas muy juntas y grises haciendo espigas, le hizo gracia tanto dibujo y que sobre ellas circulara el tráfico y la gente en carros muy elegantes y ¡coches que no arrastraban animales!; aquello era un sin parar: no había nada que no le chocase. Al cruzar el Paseo del Prado, la Calle Alcalá, el Paseo de Recoletos y la Castellana no pudo dejar de admirar a las señoras y aquellos trajes tan finos ¡y esos colores!, ella que no había visto más que blancos y negros sobre amplias sayas sin forma aquellos vestidos la dejaron sin aliento; también los edificios, la amplitud de sus calles y todos aquellos arboles; y no dejaba de chillar llamando a su tío para que viese algo que él ya se había cansado de ver hacia tiempo.

Más de tres kilómetros andando con el hatillo a cuestas y comenzaba a llover cuando cogían la calle Marqués de Villa Magna. Entonces Emeterio le dijo *“Vamos chica que ya estamos llegando”* e Isabelita comenzó a templar de frío y de miedo; hasta ese momento ni cuenta se había dado de que estaba lloviendo.

Cuando entraron en Claudio Coello diluviaba.

Llegaron a casa de Doña María Teresa a media tarde, aún era temprano pero tremendas nubes negras oscurecían el cielo hasta el punto de parecer noche cerrada y las luces ya estaban prendidas y por primera vez en su vida vio Isabel una bombilla. Aquello la fascinó aún más que el edificio de correos que había visto hacia un rato.

Aún avergonzada por mojar aquellos suelos tan brillantes, y a pesar de que a causa de la prematura oscuridad en la calle aquella mujer vestida con esas ropas tan extrañas estuviese echando los gruesos cortinones demasiado pronto, pudo ver los altísimos ventanales de la sala donde esperaban y que daban directamente al paseo. ¡Nunca había visto un cristal! El primero en el tren, pero eran pequeños y al tocarlos los notó frágiles y fríos, y había visto muchos ¡y de colores! en todos aquellos edificios, aun así aún no podía entender cómo era posible que no se estuviesen helando de frio en aquella sala y que tampoco entrara el agua por esas ventanas tan grandes y abiertas de par en par. Aunque lo pensó, no se atrevió a acercarse y saber porqué. Al poco, esa misma mujer les ofreció unos paños para secarse un poco y les acompañó hasta el salón donde les esperaba Doña María Teresa.

Madre entró en la sala aún empapada y tiritando, pero ya solo de miedo, acompañada de Emeterio y de la criada que los anunció ante la señora. Al verla, y a pesar de su evidente sorpresa, la señora se mostró muy cordial con ella y le restó importancia al hecho de que no fuera Teo la que se presentara: “*Teo ya conoce las costumbres de la casa, pero da igual, lo importante es que se recupere. Isabel ya aprenderá*”. Y tras despedirse de Emeterio ella misma la acompañó hasta su habitación sin parar de hablar *“Ahora mismo te quitas esa ropa mojada”. “Tendrás hambre”*. Mientras Isabel corría tras ella por las escaleras *“estarás cansada del viaje*”. “*Merce te traerá algo para que cenes*” dijo entrando al fin a la que sería la habitación de mi madre. Y tras correr las cortinas le dio sus últimas órdenes del día. “*Mañana hablamos”. “Descansa”,* cerrando tras ella la puerta sin importarle que Isabelita aún no había abierto su boca.

Isabel quiso cenarse todo lo que Merce le había traído en una bandeja porque aunque no tenía hambre olía bien pero no pudo probar bocado y pasó la noche a ratos rememorando los sitios que había visto y a ratos llorando porque tenía miedo y echaba en falta a los suyos. A la mañana siguiente tenía los ojos que parecían tomates. *“Mi niña”* le dijo Doña María Teresa “*Has estado llorando”* cogiendo a mi madre el rostro con sus manos y dándole un sonoro beso en la frente añadió *“ya verás como pronto se te pasa esa morriña”. “¡Merce!” Dijo* haciendo sonar la campanilla. *“Acompáñala a la cocina, que desayune y luego le enseñas la casa y que te ayude mientras se calma un poco.”*

Unos días más tarde mi madre ya se había calmado, lloraba solo cuando no sabía cumplir una orden y le daba apuro preguntar cómo. Pero aún tardó un tiempo en atreverse a salir a la calle sola.

Y cuando lo hizo descubrió que Madrid no era tan diferente al pueblo. Allí también vivían personas y animales. Todos comían, bebían y cagaban igual y había buenas y malas personas. Había tenderos, amos, siervos y señoritos. Pobres y ricos como en Sotodosos.

Pronto hizo buenas amigas entre sus iguales y con las tenderas del barrio y fue haciéndose mayor entre cacerolas, trapos de lustrar los mármoles, platas y alpacas. Y del brazo de María Teresita descubrió los grandes jardines y avenidas de Madrid y entró en sus tiendas caras reservadas para los señores porque en un par de años la habían ascendido a señorita de compañía de María Teresita, la única hija de la señora, Doña María Teresa.

Y Cuatro años después conoció a Manuel, el otro Manuel, mi padre, en el mercado.

# Manuel, mi padre.

Ella había bajado a comprar unos hilos y algunas verduras que le había encargado la señora y se tropezó con él. Iba despistada mirando las telas que exponían en uno de los puestos, porque si algo le gustaba de Madrid era la cantidad de telas y vestidos que allí había y madre siempre fue muy presumida, cayeron al suelo todas las hortalizas de su cesta y Manuel le ayudó a recogerlas.

Luego la entretuvo con su charla y la señora la regañó por tardar tanto.

Manuel Palacio Pozas se llamaba él, y era mecánico de coches. Tenía su propio taller, peón y dos ayudantes en el barrio de Lavapiés y toda la planta y las maneras de un chulapo de Madrid, ¡hasta la gorra!: alto, rubio, delgado y tremendos ojos color de miel. Hijo único de una familia castiza y acomodada, con dinero y propietaria de varios comercios en el barrio que había querido ser mecánico y su padre, que también se llamaba Manuel, Don Manuel, le había montado el negocio hacia un tiempo. Y decían que *“marchaba como la seda”* porque el hijo era buen trabajador, tenía labia y sabía vender el negocio. Pero más le gustaba la fiesta y frente al portal de la casa donde trabajaba Isabel había una de esas cafeterías que se habían puesto de moda. Y, como estaba de moda, allí quedaba algunas veces el niño Manuel con los amigos y ya se había fijado en Isa algún día que la había visto salir con la señorita.

Y estaba prendado de ella.

Desde hacia tiempo rondaba la zona y aprovecho su despiste para encontrarse de frente con la muchacha.

De cerca, aún era más hermosa.

Comenzó a frecuentar el barrio para poder verla. En poco tiempo ya sabía los horarios de la chica y durante mucho tiempo se hizo el encontradizo. Se saludaban y *“hasta más ver”* porque ella siempre tenía prisa, pero en realidad es que a Isabel le daba apuro que la viesen en el barrio hablando con un desconocido.

Un día tras mucho insistir él se lo hizo saber. Y Manuel dijo que lo entendía, que estaba bien que fuese tan precavida, pero que él ya no era un desconocido; aun así no pudo convencer a Isabel que continuó dando largas al muchacho.

Entonces decidió darle tiempo al tiempo y se dio a conocer por el barrio, y hasta le vino bien porque hizo algunos clientes *buenos*. Un día se presentó en casa de Doña María Teresa y pidió hablar con el señor, y cuando estuvo frente a él se ofreció como mecánico con la suerte de que el marido de Dña. María Teresa había adquirido hacía poco un coche para pasear con la familia y Manuel comenzó a trabajar para la casa. Ahora incluso veía más a Isabel y a nadie le pareció mal cuando la invitó formalmente a pasear por primera vez.

El chico era muy correcto: siempre pedía permiso e informaba a la señora por donde iban a pasear y nunca la dejaba en casa mas tarde de las seis. Durante un tiempo una vez a la semana la invitaba a pasear, a dar una vuelta en su Bugatti-35, que era un deportivo de dos plazas muy moderno, y a tomar un refresco por el Retiro o por la casa de campo. Le regalaba flores, cintas, prendedores y pañuelos y le hablaba de cosas lindas. Pero nada más.

A mi padre se le daban muy bien las palabras bonitas.

María Teresita estaba encantada y ya veía a su Isabel casada con aquel caballero y cada tarde le pedía entusiasmada que le contase donde habían estado y esta le contaba con *pelos y señales* todo lo que habían hecho sentadas en la sala de costura bordando alguna labor. “*Ya veras, ya, Manuel te pide matrimonio antes de que acabe el verano*”.

Y así fue porque un día paseando por El Retiro le regaló una sortija de oro, (¡Madre mía una sortija!, ¡y de oro! A ella que nunca había tenido siquiera una cadenita de alpaca) se declaró y le pidió que fuese su novia. Isa que aunque coqueta, porque le gustaban los trapos, no era consciente de su belleza, ni de las pasiones que sus curvas despertaban en los hombres, no pensó ni por un instante que ese chico podría no ser honrado y que tuviese otras intenciones que no fuesen las de casarse con ella o porque estaba ya más que enamorada de sus ojos, de su boca, de sus manos, de su planta y sobre todo de su piquito de oro aceptó encantada y comenzaron a hacer otras cosas.

Sabía que no estaba bien. Que debía esperar porque de esas cosas ya había hablado con Doña María Teresa pero le creyó honrado y estaba tan desbordada por todos aquellos sentimientos que ni se le pasó por la cabeza el poder quedar embarazada y mucho menos deshonrada. Solo sabía que con aquel hombre que tanto se parecía a su padre, ¡hasta en el nombre!, se sentía protagonista de un cuento de hadas y flotar en una nube de algodón mecida por sus caricias, y solo pensaba en la manera de estar sobre su regazo y en acariciar su piel. Y sabia que solo con él podría vivir el resto de su vida, que no tendría sentido sin él.

Pero el cuento solo era eso: un cuento. Y la nube se tornó negra y derramó un tremendo aguacero.

Me habría gustado contar que mi padre también la amó con locura, pero me temo que no fue así. Me temo, porque solo son eso, temores, que mi padre fue un “*viva la virgen*” y que no sintió nunca nada más fuerte por Isabel que simple atracción sexual, porque de lo contrario tendría que admitir que no fue más que un calzonazos que no supo imponerse a la voluntad de su madre.

# El embarazo.

Ella, que era muy puntual, en seguida supo de su embarazo y se lo contó a Manuel. Y aunque él quiso disimular vio en sus ojos que la noticia no le había gustado nada y se sintió un poco decepcionada y hasta tuvo miedo.

Pero luego Manuel prometió solucionar aquello. Prometió casarse con ella, formar una familia y quererla toda la vida.

Y ella volvió a confiar.

El joven pidió tiempo para prepararlo todo e Isabel calló.

Durante meses Manuel continuó como siempre, nunca traía noticias nuevas, y hasta parecía que a veces se había olvidado del tema, y cuando ella se quejaba que el tiempo apremiaba por el embarazo, que como tardase mucho en llegar la boda se le iba a notar el bombo, él le restaba importancia *“¡Qué más da, si así estas más bella!”.*

Que le sentaba bien la tripita decía, y cambiaba de tema.

Le contaba que el negocio iba “*viento en popa*” y que estaba pensando en abrir una sucursal. Que uno de los mecánicos era muy eficiente y que él sólito podría hacerse cargo del nuevo taller. Que le iba a poner su nombre “*Mecánicas Isabel*” Pero que antes tenía que convencer a su padre para que le dejase uno de los locales que se había quedado vacío. Que en cuanto solucionase eso y pusiese en marcha el negocio hablaría con ellos del asunto.

Pero el nuevo local se inauguró y Manuel continuó en silencio.

Y a cuenta de tanto cuento sin darse ni cuenta Isabel ya se había plantado en el quinto mes y no podía ocultarlo.

Lo lógico en aquellos tiempos era que Doña María Teresa la hubiese puesto de patitas en la calle al conocer la noticia, pero no. Porque cuando se enteraron en casa de que su novio, ese joven mecánico del barrio de Lavapiés que se había metido a trabajar en su casa y al que ellos, habían abierto sus puertas de par en par porque confiaban en él, creían honrado, se estaba desentendiendo de nosotras, estos primero lo despidieron a él y después ayudaron a mi madre; porque Isabel si era de su confianza.

Un tiempo después, antes de nacer yo, cuando Merce, la cocinera de la casa, le contó a Doña María Teresa que le había dicho el carnicero que contaban por el barrio que era su madre y no Manuel quien se oponía al enlace, creyendo que el problema tenía que ver con el origen humilde de Isabel, se ofrecieron los señores para hablar con la familia e incluso quisieron darle una *dote*, pero mi madre se negó en rotundo porque le parecía excesivo y siempre confió en la palabra de su amado: *"No te preocupes, que yo lo arreglaré todo. Pero todo a su tiempo Isabel".* Le había dicho y le decía mi padre en innumerables ocasiones, durante demasiado tiempo.

Y un día a causa de este motivo discutieron un poco mis padres y durante unos meses nada supieron de él.

Se lo había tragado la tierra, había desaparecido.

Convencida de que lo había perdido para siempre, que nunca más volvería a verlo, que su hijo nacería sin un padre, madre manchó de mocos y lágrimas trapos, pañuelos y sábanas noche y día, pero continuó con su trabajo hasta que no pudo más con la tripa. Y para acallar las malas lenguas la dejaron quedarse en casa y dejó de salir a pasear con la niña y al final hasta la obligaron a hacer reposo según las recomendaciones médicas y yo llegué por fin a este mundo.

Y a pesar de ser hembra y no varón como deseaban todos en la casa, y sobre todo mi madre, me criaron con cariño y pusieron a mi disposición todo su tiempo y amor, como si fuese su hija.

Carlitos se llamaba el hijo de una amiga de la Señora, tenía mi edad y con el crecí jugando por los pasillos del palacete y en el parque. No lo recuerdo pero he visto alguna fotografía.

# El bautizo.

Y pese a no tener padre me bautizaron en la Iglesia de San Nicolás con toda la pompa y protocolo que marcaban las normas de entonces porque la Señora era la madrina y había que estar a la altura. Ella compró mi traje y mi mantilla de fino encaje y convenció al cura para que oficiara el bautizo. Y en su casa ofrecieron un gran almuerzo para los invitados de Doña María Teresa y madre, aunque la invitaron, no quiso comer con ellos; dijo que porque no sabía utilizar bien los cubiertos y no quería dar la nota. Pero a mí me confesó que lo hizo porque no tenía ganas de celebrar.

Antes de empezar el convite, en las cocinas, tras dejar todo preparado y los invitados aún estaban en misa, el servicio de la casa y algunos amigos y tenderos más allegados degustaron los mismos platos y brindaron con sangría. Por la noche cenaron las sobras, que no eran pocas, y bailaron y cantaron en el salón que les prestó la señora hasta que se cansaron.

Nací el día dos de octubre de mil novecientos veintinueve a las doce y media de la noche y ella, Doña María Teresa, también fue mi testigo en el Registro Civil. En las partidas de nacimiento y de bautismo reza que me llamo María Teresa, en su honor, de los Ángeles porque el día dos es el día de los Ángeles Custodios, pero las doce y media ya son del día siguiente, así que nací el día tres, se confundieron, y Manuela no sé si por mi padre o por mi abuelo materno, los dos se llamaban Manuel. Así pues mi nombre es María Teresa de los Ángeles Manuela, mucho nombre para una humilde niña sin apellido y sin padre creo yo.

Pese a las circunstancias y al porqué de mi nacimiento no se planteaba mal mi horizonte. Aunque mi madre había sido deshonrada, no se había casado y el padre había desaparecido para siempre Doña María Teresa nos recibía con los brazos abiertos y habríamos podido vivir allí sin demasiados problemas y aquí habría podido terminar mi relato. Pero la vida de mi madre no estuvo plagada de aciertos y uno tras otro yo tuve que sufrir sus errores, porque eso fueron: errores. Sé que todas sus decisiones las tomó con la mejor intención. Pero parece que nada de lo que hizo la pobre mujer a lo largo de su vida le salió bien.

Hay mucha gente que no tiene suerte en la vida pero Isabel, aquella rubia menuda de intensos ojos azules, inocente y tonta aunque algunas veces esta llamó a su puerta no supo nunca abrir la tranquera.

Y creo que todas aquellas malas decisiones fueron las culpables de que se le agriara el carácter.

Porque hasta ese momento Isabel había sido siempre una niña dulce y confiada. Hasta ese momento mi madre no había tenido que tomar decisión alguna porque todas le habían venido dadas. Hasta ese momento había tenido que trabajar duro, pero no luchar por nada, ni demostrar nada. Y cuando tuvo que hacer y decidir qué hacer con su vida se equivocó una y mil veces. Creo, que a cada paso que daba.

Isabel por miedo, por no atreverse a vivir, por elegir el camino que a ella le parecía más fácil durante toda su vida tuvo que demostrar una y mil veces que no solo era hermosa; también era buena persona ¡y sobre todo honrada!

Durante toda su vida tuvo que hacer oídos sordos a las habladurías, soportar las miradas lascivas, las insinuaciones de muchos hombres y la desconfianza y los celos de muchas mujeres, y pudo contar a partir de ese momento y hasta el final de sus días con los dedos de su mano derecha a sus amigas. Y todo porque Isabel era bella y también algo educada y elegante, porque aprendió mucho en aquella casa.

Esta era la razón.

La escusa que había tenido una hija sin la bendición del matrimonio y por supuesto de la Santa Madre Iglesia.

Otras, muchas corrieron con su misma suerte y no vi nunca que llegase la sangre al rio de esa manera.

# Con los pies en la Tierra.

El barrio entero de Salamanca se había enterado ya de la noticia y no lo tenía fácil, no era bien recibido, aun así Manuel se las arregló a través del portero de una finca cercana para volver a ponerse en contacto con ella. A él le entregó una nota de amor en un sobre cerrado y este a escondidas se la dio a Isabel. Ella pese a saberse engañada, ofendida y humillada, pese al tiempo soportando el desprecio del vecindario y pese a su marcha, al silencio y a no confiar ya en él volvió a acudir a su llamada.

Continuaron las notas y reanudaron las citas. Manuel engatusaba a mi madre con sus caricias y con sus besos, le entregaba unos duros para mí y prometía poner remedio a todo aquello mientras de nuevo dejaba correr los meses y yo crecía. Entre tanto Doña María Teresa fingiendo no saber nada, convencida de que Manuel al final cumpliría con su promesa.

Pero ya no era lo mismo. Ya no eran ellos y su amor, su mundo de fantasía se había roto y ahora pisaba firme sobre la tierra. Ahora estaba yo, y mi madre temía por mí, por mi futuro. Temía seguir viviendo aquel infierno, pero sobre todo temía el desprecio de los suyos. Cuando estaba entre sus brazos volvía a perder el norte y creía en sus promesas a pie juntillas, pero cuando llegaba a casa le entraban los miedos y hacía tiempo que sus noches las vivía en vela y no dejaba de cavilar.

Así que sin decir nada a la señora, ni siquiera hablarlo con Teresita, y a pesar de saber que aquello no le gustaría a él una tarde se armó de valor y se presentó conmigo en brazos vestidas con nuestras mejores galas en su casa y preguntó por Manuel con la esperanza de que al conocerme se les ablandara el corazón a mis abuelos y me aceptasen.

De la sorpresa Don Manuel ni pestañeó, pero su madre al verla entrar en la salita acompañada de la sirvienta de la casa la echó de allí con cajas destempladas después de haberla ofendido y humillado delante de todos los presentes acusándola de ser una mujer de la vida, y la amenazó con llamar a los guardias si la volvía a ver por allí.

Ella ya tenía sus planes para con su hijo, le casaría con su sobrina Encarna, y no iba a permitir que una cualquiera, paleta y casi analfabeta se inmiscuyese en sus planes por el simple hecho de haberle dado una nieta según aseguraba ella. “*Porque por lo que sabía bien podría haber sido hija de cualquier otro".*

*“Es igualita a mi madre”* le confesó Don Manuel a su mujer cuando se quedaron solos, “*pero* *¡qué me importa a mí si se parece o no a la pasmá de mí suegra!”* le contestó encolerizada.

Y no quiso volver a oír del tema.

Un par de días después de aquello mi padre se presentó en casa de la señora y pidió hablar con el señor. Este le recibió un poco mal encarado pero no le negó la entrevista y se metieron en el despacho los dos. Nadie sabe de qué hablaron, solo que Manuel salió de la casa sin despedirse siquiera de Isabelita.

Al cabo de una semana envió una de sus notas, pero esta vez era diferente porque la citaba junto a una ermita un par de días después a las diez de la mañana. “*Ponte el mejor vestido que tengas*” decía.

Ella, todas imaginaron que aquel día era el día de su boda. Fueron a comprar un traje a la mejor tienda de modas de Madrid; se lo regaló Teresita. Era de raso rosa, rosa pálido, entallado, con poco escote y tirantes anchos. Sobre él una fina túnica de seda amplia y transparente de un rosa tirando a malva con multitud de pasamanería incrustada dibujando preciosas y brillantes flores ajustada a su cadera con una ancha cinta de raso de un rosa intenso, mangas ajustadas hasta los codos, ligas rosas y medias de seda. Su corta y rubia melena iría recogida con una diadema de margaritas blancas, malvas y rosas y un bolsito tipo saco que colgaba de su muñeca a juego de la misma tela que la cinta y los zapatos.

Tan solo el Señor que siempre se había mantenido al margen de esas cosas de mujeres pudo pegar ojo esa noche en la casa. A las seis comenzaron con los preparativos, la bañaron con sales aromáticas, la pusieron perfume, la peinaron y hasta la maquillaron un poco. A las nueve salía de casa. Sin compañía, como pedía la nota.

¡Parecía una princesa!

Menos mal que Isabel acudió a la cita sola, a mí me dejó al cargo de mi madrina que esta vez sí estuvo al tanto y de acuerdo con la entrevista, porque cuando llegó a las puertas de la ermita la estaban esperando los guardias y tuvo que pasar el día y la noche en comisaría.

Nadie la echó en falta, todos pensaron que estaba con su marido y no supieron hasta el día siguiente, cuando llegó sucia y envuelta en lagrimas, que para cuando llegó Manuel con el juez y dos amigos que iban a hacer de testigos del enlace ya se habían llevado a mi madre acusada de robar una antigua sortija que pertenecía a una de las familias más castizas e importantes del barrio de Lavapiés desde hacía más de un siglo y que se trataba nada más y nada menos que de la sortija de pedida de la abuela paterna de Don Manuel Palacio, respetado y apreciado comerciante, lo que le añadía al valor económico un gran valor sentimental y la ladrona merecía un buen escarmiento.

La habían cogido con el cuerpo del delito entre sus dedos. Era culpable. Y se quedó sin ella porque se la confiscaron.

Una vez en comisaría Isabel prestó declaración en relación al caso por el que había sido arrestada y ni caso la hicieron cuando aseguraba que ella no había robado nada, que la sortija se la había regalado su novio Manuel Palacio Pozas hacia meses. Luego la hicieron esperar toda la tarde sentada de despacho en despacho repitiendo las mismas palabras y pasó la noche sentada y llorando sobre el frio camastro de una pequeña celda, hasta que por la mañana la subieron de nuevo a uno de los despachos de comisaría y la dejaron allí.

Manuel apareció acompañado de su madre, con la cara tan roja de ira que parecía una granada y por los andares una solleta, y preguntó al guardia que hacía las veces de recepcionista ese día por la persona encargada de la denuncia que había puesto su señora madre el día de antes. Entonces este les pidió que le acompañasen hasta una sala y allí les pidió por favor que esperasen un rato mientras localizaban al inspector que se había encargado del caso.

La señora de Palacio se pasó el rato dando vueltas por la sala de espera nerviosa y enrabietada, obviando a mi madre que ya ni lágrimas le quedaban y que esperaba sentada en un pequeño despacho junto a ellos, y a la que había visto en el mismo instante en que entraron, aun así de vez en cuando se paraba frente a ella y a través del cristal que las separaba le dedicaba la más cruel de sus miradas, luego volvía a ignorarla y a dar vueltas como un león enjaulado.

No había duda, sus maneras dejaban bien claro que no quería estar allí y mucho menos prestar declaración en su favor.

Isabel, desde su posición no podía ver a Manuel que también nervioso esperaba sentado en una silla en la misma sala, y temió por su libertad. Durante ese tiempo pensó que al final iría a parar con sus huesos en la cárcel sin remedio, pero cuando entraron en la sala juntos y se sentaron, Isabel recuperó un poco la esperanza.

Y respiró aliviada cuando Manuel declaró que la sortija se la había regalado él porque pensaban casarse y que su madre, que nada sabía aún porque era una sorpresa, se la había visto puesta y por eso la había denunciado. Y aunque no estaba de ánimo se le escapó una sonrisa cuando la mujer, sin siquiera mirarla reconoció ante la autoridad que todo había sido una confusión.

Porque era evidente que no.

(No hay manera, mira que lo he intentado, tal vez sea por la simpatía que siento por ella, pero no consigo acordarme del nombre de *mi querida abuela*, así que para aclararnos la he llamado y la llamaré Señora de Palacio. Que eso si que se que era.)

Pese a que la Señora de Palacio quiso recuperar en ese momento la tan reclamada sortija los guardias apesadumbrados por haber prestado oídos a la mujer y por como habían tratado a la joven soltaron a mi madre, le pidieron disculpas, la acompañaron hasta su casa y le devolvieron la sortija.

Pero a Manuel no volvió a verle.

Este, que aun contando con el beneplácito de su padre, no quiso o supo nunca hacerle frente a su madre, tuvo que claudicar al fin y alejarse de Isabel, porque a pesar de poner todos los medios para que la señora de Palacio no se enterase de aquello, llegaron a sus oídos los planes que su hijo tenía con Isabel y se las apañó para dar al traste con ellos de *una bendita vez*.

Luego quiso asegurarse poniendo tierra de por medio: casó a Manuel con su prima y los mandó a hacer las Américas, a Caracas.

Allí vivió ajeno a los devenires que me deparó el destino con su prima hermana, su mujer, durante muchos años.

# Juez y parte.

Pese a ser más que habitual encontrar hijos naturales en todas las clases sociales, no era fácil en aquellos años ser madre soltera, los hombres te tomaban por lo que no eras y las mujeres te despreciaban. A pesar de tener todo el cariño y apoyo de Doña María Teresa, Isabel tuvo que vivir con la deshonra y sufrir la humillación y el desprecio de aquella sociedad mojigata, hipócrita y promiscua, pese a las apariencias, de la época. Aquella experiencia fue una dura prueba para una inocente joven que apenas había salido del pueblo sin armas para hacer frente a lo que se le venía encima.

Pero sobrevivió aunque ya lo he dicho nunca pudo decir que se adaptó a aquella vida. La capital la venia grande, añoraba a su gente, su pueblo y Manuel se había ido para siempre.

Cuando la noticia del embarazo se conoció en el barrió Isabelita notó el cambio en los vecinos: las mujeres que antes eran sus amigas la miraban de medio lado y con recelo y los hombres demasiado. Luego cuando la tripa creció sintió los cuchicheos clavándose en sus espaldas y las miradas de desprecio unas, y de pena las menos, rompieron su confianza. Para cuando nací yo ya le costaba bajar al mercado y renegaba siempre para hacer las compras.

Tampoco ayudó que mi padre siguiera apareciendo y alentando las malas lenguas, ni que los vieran juntos. Y el incidente de la ermita fue la comidilla del barrio de Salamanca durante mucho tiempo. Tras él Isabel no podía parar de llorar y en su trabajo no daba pie con bola, todo lo hacía mal. Al principio la señora se avino a dejarla en casa, pero después comenzó a encargarle pequeños recados para obligarla a salir.

Y en uno de esos, un día, la panadera, que era una mujerona muy grande y gorda, aprovechando que no había nadie más en la tienda la acusó de ponerle ojitos a su marido, un hombrecito poco más alto que mi madre que siempre iba corriendo a los sitios. Isabel se defendió, le dijo que eso era mentira que ella solo había mirado a Manuel. ¡Y ya ni eso!

Y comenzaron a discutir.

La panadera saltó por encima del mostrador y la agarró por los pelos al tiempo que la llamaba de todo. Mi madre se intentaba defender, pero de poco le servía dar golpes sobre aquella masa. A los gritos acudieron tenderos y vecinos que pasaban por la calle y las mujeres se pusieron del lado de la panadera. Algunos hombres intentaron parar la pelea pero pronto vieron que no les convenía tomar partido en la disputa no fuera que les dieran también a ellos.

Allí todos la juzgaron y la acusaron abiertamente de engatusar a los hombres para sacar dinero y de querer buscarse un marido entre ellos. Hasta la de la tienda de ultramarinos le dijo que de lo que había pasado solo ella tenía la culpa por haber querido picar demasiado alto.

Casi la matan a palos.

Si no es porque Merce, la cocinera, que también había bajado a hacer unos recados oyó el jaleo y llamó rápidamente a los guardias mi madre de ese día no pasa.

*“Quince días en la cama y se me retiró la leche. Eso es lo que saqué en limpio de aquella pelea”* le dijo mi madre a “la Basi” un día.

Pese a todo lo que había y estaba sucediendo, y a pesar de que aquello dañaba también la reputación de la casa, Doña María Teresa y Teresita, ambas mujeres de mucho carácter, no permitieron jamás que se le faltara el respeto a mi madre en su presencia y la hicieron salir a la calle y llevar la cabeza bien alta.

No sé si de buena fe o por miedo a mi madrina un día la panadera subió a pedir disculpas a mi madre y volvieron a ser amigas. Entonces le contó a Isabel que una mujer se había pasado varias veces por su tienda contando cosas muy feas de ella y que ella la había creído. “*Y que lo sentía mucho pero que le entraron celos porque su Dionisio era muy buen partido”*.

Mi madre siempre pensó que había sido su suegra.

Y el tiempo pasó y las aguas volvieron todas a su cauce: madre sintiéndose sola y dándome a mí los besos y abrazos que ya no podía darle a él porque estaba muy lejos y tampoco los merecía, trabajando duro en las labores de la casa desde la madrugada hasta media mañana y por las tardes paseando con Teresita de su brazo por la Castellana, de compras y por el Retiro y yo a su lado creciendo fuerte, feliz y saludable.

Por las noches, lloraba.

¡Parece que la estoy viendo apretándome sobre su amplio pecho y dándome en la cabeza y en la cara mil besos juntos y muy seguidos! (Lo mismo que la vi hacer millones de veces con mis nietos).

# Secreto.

No tendría yo más de tres años cuando Isabel recibió una carta de su hermano Pio apremiándola a volver al pueblo porque *"padre se moría"* y ella no pudo hacer menos que acudir a su llamada y partir. En el pueblo nada sabían de mi nacimiento, y nada habrían de saber, por lo que me dejó a cargo de mi madrina.

La llamada era muy urgente, no podían perder el tiempo en trenes, Doña María Teresa como siempre se ocupó de todo y contrató un coche que le acercara hasta el pueblo. Habían pasado años, más de diez, la niña que se despidió para siempre aquella madrugada de su casa volvía hecha toda una mujer, y a pesar del miedo de no llegar a tiempo y de la pena del motivo de su regreso no pudo reprimir la emoción de volver.

Observó sorprendida su vega y mandó parar al taxista, se quitó sus preciosos zapatos de tacón para no estropearlos y se apeó del coche para echarle un ojo a los trigos de su padre que crecían con buen color. Y los olió.

Al pasar por la ermita de la virgen de la Vega aún con los zapatos sobre su regazo saludó a sus muertos y se santiguó mientras rogaba por el bienestar de su niña y porque su Manuel volviera. Luego llenó sus pulmones del aroma a hierbabuena y orégano de los huertos y hasta se asomó por la ventanilla para poder ver mejor las copas de sus viejos olmos.

¡Estaba en casa!

Volvía a su tierra que después de tantos años y de todo el dolor sufrido había idealizado hasta tal punto de creer que nada de lo vivido le habría sucedido allí.

Volvía a su mundo, a su lugar, de donde nunca debió partir.

Menos comodidades, en casa no había ni siquiera luz, los suelos eran de tierra y el agua había que seguir subiéndola de la fuente, pero a Isabel eso no le importaba: echaba de menos sus cosas, su campo, hacer jabón de romero, bajar al lavadero por las tardes con las muchachas y el contacto de aquel agua helada sobre sus manos.

Casi era una Señorita, sus trajes y sus modales así lo indicaban, y haber llegado en coche y no andando dejó boquiabierta a la población; en el pueblo todo eran atenciones y parabienes para Isabel. Después de tanto desprecio y pena aquello le devolvió la vida por un tiempo. Y si no hubiese sido por los remordimientos de ocultar su pecado habría incluso podido sanar de sus pesadas heridas; tampoco la culpa y el miedo a ser descubierta se lo permitían. Aun así disfrutó mucho, porque de vez en cuando, durante unos instantes, era capaz de olvidar que un día había salido de allí.

Su hermana Encarna aún continuaba soltera pero Basilisa ya se había casado con “el herrero”, Matías, un buen partido y se le notaba que la quería. ¡Qué suerte había tenido su hermana! Casada, respetada, querida en el pueblo y ya tenía dos hijos: Timotea un par de años mayor que Teresa y mucho más alta que ella y Antonio poco más pequeño que su Teresita. Más de una vez había estado tentada de hablar con ella, pero el miedo se lo impidió.

Pasaron los días y mi abuelo no moría, pero tampoco mejoraba. No es que quisiera regresar, porque no quería, pero echaba de menos a Teresita y su confianza, y temía relajarse y terminar delatándose, pero sobre todo lo que más le pesaba era que me añoraba: echaba de menos mis risas, mi constante parloteo, mis pequeños abrazos y mis besos. Por las noches, en la soledad de su cuarto le rogaba a la virgen “*que si había de llevárselo se lo llevara ya*” porque a ella se le hacía tarde y tenía que volver a casa. Pero por la mañana cuando veía a su padre, tan grande y tan desvalido en su cama, volvía a rogar a la virgen y le pedía perdón por haber deseado la muerte de su propio padre.

Mi abuela y mis tíos notaron su nerviosismo y en varias ocasiones le preguntaron el porqué de tanta necesidad de volver si ellos sabían que a ella le gustaba más el pueblo que la capital. Mamá, madre, nunca la llamé mamá, lo justificaba con el miedo de perder el empleo y ellos le restaban importancia a sus temores: *"¡Anda! con lo te quiere a ti la señora”.* Y ella respondía en silencio y sin decir nada *“¡Mas que vosotros!”* porque sabía que si un día era descubierta ninguno de ellos la apoyaría como lo habían hecho Doña María Teresa y su hija.

# Mariano.

Un día recibió otra misiva, esta vez de la Señora: *"Tu hija está muy enferma. Regresa a casa".*

Ella apenas sabía leer y mucho menos aquellas letras tan enrevesadas que tenia la Señora. No lo pensó, con los nervios de intuir por lo poco que había entendido una mala noticia, le pidió al maestro que le leyera la carta. Este, que era una alcahueta, no supo callar el secreto y se vio descubierta. No le quedó más remedio que hablar y decir la verdad: *"Tengo una hija y está muy enferma. Tengo que volver a Madrid"*

La noticia cayó como un jarro de agua helada y corrió como la pólvora de casa en casa, y antes de que terminara de recoger su equipaje se presentó en la suya Mariano, y delante de su madre y de sus hermanos le dijo que la quería, que siempre la había amado, desde que jugaban juntos a las pilladillas en las eras. Que tenía unas tierras que él mismo trabajaba y que además se ganaba bien la vida como caminero manteniendo la nueva carretera que habían construido hasta Alcolea, trabajo duro pero bien pagado y seguro. Y que si ella aceptaba se casarían y hasta le daría su apellido a la criatura.

Le sorprendió la propuesta de aquel joven, de niños, cuando vivía allí, ni siquiera se había fijado en él y tuvo que ser su hermana Basilisa quién le explicara de quien era hijo cuando se fue.

Entonces recordó “al Mariano” y su sonrisa bobalicona: un chavalillo pequeño y gordito que siempre le tocaba pagar prenda. ¡”El Marianin” le llamaban!

Luego se lo pensó:

No le quería, nunca podría y ni siquiera le gustaba porque era pequeño y achaparrado y su cara redonda siempre estaba colorada, pero conservaba aquella encantadora sonrisa y le inspiró confianza, aunque durante el poco tiempo que estuvo en su casa ella le había prestado más atención a aquellas uñas cuadradas y sucias que a sus palabras de amor, parecía un buen hombre y podría formar una familia, (recogerse como decían antes) y regresar al pueblo junto a los suyos.

Telesfora, su madre, a solas en el cuarto de Isabelita, le pidió a su hija que le contara como era María Teresa e Isabel le entregó una fotografiá que ella guardó entre su refajo junto a su pecho después de mirarla, llorar y darle mil besos. Luego , envuelta en lágrimas y de rodillas, le pidió, le aconsejó que no se casara con Mariano, que no regresara, que aunque se moría de ganas de conocer a su nieta, verla crecer y volver a tenerla a ella cerca, aquella no era ya tierra para ellas.

Pero madre no la escuchó.

Mandó recado *al Mariano* con su hermano Pio y se vieron en secreto en el “Casillo los Pobre” porque tenía que preguntarle aún unas cuantas cosas. Allí prometió mandarle respuesta, pero que en el caso de que así fuera y ella tuviera que volver, y de otro modo no lo haría, tendría que ser él el que lo arreglara todo con su padre.

Tenía que partir ya, su hija estaba enferma.

A despedirla a la puerta junto al cocheque había mandado la Señora y que habría de llevarla hasta Madridtan solo su madre, Pio y sus dos hermanas. Su padre desde la noticia no había consentido en mirarla a la cara y mucho menos dirigirla la palabra. Y no la echó de la casa porque Telesfora le había dicho que como se le ocurriese hacer tal cosa “*salía ella delante su hija y no la volvía a ver más”.* Y se quedó con las ganas.

Pero eso madre nunca lo supo, me lo contó mi abuela un día que le pregunté por el abuelo y ella me relató entonces todo lo que había pasado. Y que por su culpa mi madre se había casado con “el Mariano”

Regresó y yo ya me encontraba mejor. Mi madrina se había ocupado de llamar a los mejores especialistas de entonces, ellos me diagnosticaron "la tosferina" y corrió con los gastos del tratamiento. En poco tiempo volaba con mi triciclo ya por los pasillos del gran caserón como si nada me hubiese pasado mientras mi madre discutía con la Señora. Ella no quería que mi madre los dejase; nos querían mucho, mi madre llevaba en su casa más de diez años y yo había nacido en ella. Éramos de la familia, siempre se lo habían demostrado y seguirían ocupándose de nosotras, insistía. *“No necesitas un marido. Y si tanto deseas casarte, seguro que aquí en Madrid encuentras a alguien apropiado que os quiera a las dos. ¿¡Que prisa hay!?”*

Éramos su familia, sí, pero madre había tomado ya una decisión.

La señora, mi madrina, Doña María Teresa, a regañadientes le hizo el favor de escribir la carta que entre otras cosas decía: *"Me casaré contigo".*

Y así lo hizo pero, y a pesar de la opinión de mi abuelo, no quiso que Mariano me diera sus apellidos: yo tenía un padre, un padre rico, y era el hombre al que ella en realidad amaba y no permitiría jamás que nadie me quitase el derecho a recibir su apellido y mi herencia.

Ella sabía, se lo decía el corazón, que algún día mi padre sí me querría.

Y volvería por mí.

El suyo ya no mandaba en ella.

# Recogida.

Rápidamente prepararon la boda, sencilla y con pocos lujos "*que no estaban los tiempos pa derrochar*" dijo Mariano; pero en realidad es que “*no había pa más*”. Y juntos formamos una pequeña familia como deseaba Isabel y como soñó siempre Mariano, que se deshacía en atenciones hacia mi madre y era muy atento y cariñoso conmigo. *Al poco* madre quedó embarazada y aunque resultó que Mariano no andaba tan bien como le hizo pensar a Isabel, y que esta tuvo que invertir parte de sus ahorros para pagar la casa y algunas rentas que este debía, la felicidad casi colmó nuestras vidas.

Atrás quedaron los malos recuerdos, los rechazos, las decepciones, los desprecios y el silencio de mi abuelo Manuel que se le clavaba como puñal cada vez que estaba a su vera. Y olvidados los insultos y las vejaciones de haber sido madre soltera. Atrás quedaron los remordimientos y las dudas y se guardó para ella la pena de no haber podido darme un hogar y un nombre junto a mi padre que al fin y al cabo era el hombre al que en verdad amaba, porque había sufrido tanto durante esos años que hasta del amor y del sentimiento y de sus brazos y de sus caricias se había olvidado; ya solo pensaba en los míos y en los que a buen seguro le daría el nuevo hijo que llevaba en su vientre.

Había sufrido tanto y sentido tanta rabia que había olvidado lo que se sentía con un poquito de amor. Y Mariano no era rico, ni guapo, pero la quería. Y ahora que ya estaba casada, el pueblo de nuevo la respetaba.

Pero a madre siempre le duró poco lo bueno y cuando apenas había nacido mi hermana Mariano comenzó a sentirse enfermo, y ella sola tuvo que ocuparse de las labores del campo, del huerto y de la casa. Y tuvo también que gastar en médicos y medicinas lo poco que le quedaba del dinero que había ahorrado en Madrid.

Mariano empeoró, empeoró tanto que al final se perdió la cosecha y la neumonía se lo llevó a él. Y cuando lo hizo mi madre de nuevo volvió a encontrarse sola: el abuelo con su cabezonería y que nunca llegó a recuperarse del todo, Pio se había ido a Madrid, sus hermanas nada podían hacer y esta vez no estaba Doña María Teresa para ayudarla y tirar del carro; tal vez la habría ayudado pero la vergüenza no le dejó escribir y contarle que tenía razón. Que no había sido buena idea volver a casa con Teresa: que Mariano la había engañado, que nada tenía, que era pobre y encima había muerto y que se había quedado con lo puesto y lo poco que había dejado eran cuatro tierras, y que no eran suyas, eran de Fe, de su otra hija y que no podía vender, y tampoco trabajar ella sola y que allí nadie quería saber nada de su suerte y mucho menos de la de María Teresa.

Entonces apareció él, aquel señor de Saelices y le propuso ingresarme en aquel colegio, le aseguró que no tenía que renunciar a mí para que me acogieran, que siempre podría recuperarme cuando le fueran mejor las cosas y ella dijo que sí. Me preparó una hatillo con un pañuelo de cuadros rojos y grises lo ató a una pequeña vara, lo apoyó en mi hombro y me hizo sujetarlo con la mano y con la otra agarrada de la de aquel desconocido partí de su lado envuelta en lagrimas.

# Hoy no me quejo, no pudo ser.

Os podréis preguntar porque sabía yo como era aquel pañuelo o muchas de las cosas que cuento y contaré aquí. Pues os diré una cosa, no estoy envejeciendo, ya soy vieja, y si algo he podido comprobar en estos mis últimos años es que en el invierno de la vida las cosas se viven con mucha más intensidad porque sabes y sientes que se te hace tarde y que los recuerdos acuden a tu memoria cuando y como ellos quieren con detalles y a todo color; como si hubiesen ocurrido el día de antes. ¡Mejor!, porque no me acuerdo de lo que comí hoy, pero sí recuerdo aquel pañuelo que durante tanto tiempo estuvo guardado en un cajón de madera bajo mi cama esperando a volver a ser utilizado.

He tenido una vida larga: He visto crecer a mis hijos ¡y cambiar el mundo! Y he evolucionado con él. He recorrido mi camino que en ocasiones ha estado plagado de baches, unas veces sola y otras con él, pero lo he recorrido. A veces, muchas, también me he dejado llevar por la vida sin oponer resistencia. Y vencido a mil y una enfermedades; pero finalmente estas, empecinadas en derrotarme, se aliaron con la vejez, yo he perdido la batalla y ellas, aunque de momento me han perdonado la vida, me han dejado en este estado.

Y de esta guisa, a mí, que tanto me ha gustado la soledad de mis pensamientos y de mi casa, me llegó el momento de abandonarla sin poder despedirme de ella, sin organizar mis cosas. Se precipitó tanto la despedida que tan solo tuve tiempo de echar una furtiva y borrosa mirada atrás porque para colmo las lágrimas no me dejaron grabar bien en mi memoria todo lo que me dejaba cuando me sacaron subida en una camilla camino de un hospital.

Nunca regresé, y ya no es mía.

No pudo ser. No me quejo.

Pero me costó acostumbrarme.

Porque antes me llegó el momento de no ser dueña de mi casa y mucho menos de mis decisiones. Me llegó el momento, como a tantos otros, de acatar las órdenes de los que antes tenían que acatar las tuyas sin rechistar. Me llegó el momento de respetar las decisiones que otros tomaron por mí, sin mi consejo y sin siquiera plantearme una protesta. Me llegó el momento de decir *“bueno hijos no importa, ¡si estoy bien aquí!”* aunque por dentro me estuviera muriendo de pena. Porque desde hace tiempo ya no soy la misma. No puedo andar, vestirme sola, necesito pañales y compañía a todas horas. Y aunque solo sea por eso ya no puedo decidir porque yo ya no soy sólo cosa mía.

Es duro llegar a viejo. Y peor es no llegar.

A mí me ha tocado lo primero, y él ni tiempo tuvo de pensar en ello.

Ahora solo tengo eso: tiempo y recuerdos.

El tiempo ya no me sobra y tampoco soy su dueña: me levanto cuando me dicen, me acuesto cuando me lo ordenan y como lo que me ponen delante en un plato; pero los recuerdos si, esos si son míos y soy su dueña.

Hoy mi vida es abrir unos ojos que apenas ven, y dejarme hacer.

Y no me quejo, porque sé que ya no soy la misma y me he convertido, lo sé, en una niña chica.

Sé que como tal a veces me agarro alguna rabieta tonta que ganas dan de darme como poco una galleta, pero sé que se la aguantan porque no soy una niña, soy una vieja.

Y tengo suerte, siempre la he tenido. Tengo nueve hijos y veinte nietos, ¡más! porque algunos ya están casados, o tienen novios y novias, y aunque he perdido la cuenta de los que somos todos ellos son hijos y nietos míos. Y sé que cada uno tiene su vida y que hacen lo que pueden porque la mía sea un poquito mejor.

Tengo suerte, aún tengo lo que siempre quise.

Y escribir estas cuatro letras que tal vez a nadie le importen, pero que son mis letras y el tiempo que viví, el que me tocó vivir y del que algunas veces fui dueña, llenan también ese tiempo que ya no me sobra.

# El bombardeo

También sé apuro de gastar mí tiempo que hay personas que marcan tu vida, la mía como ha sido larga y algo tortuosa la marcaron muchas, pero hasta ese momento lo hicieron tres y estas curiosamente, las tres, se llamaban Manuel: El primer Manuel fue mi padre, que me abandonó a mi suerte. El segundo mi abuelo, el padre de mi madre, quien con su aptitud y su desprecio provocó algunas malas decisiones de mi madre y la tercera fue ella: Sor Manuela, que me salvó la vida.

Claro que no sé si ese sería su nombre original, muchas mujeres al tomar los hábitos lo cambian, aun así ese era su nombre cuando yo la conocí y sin lugar a duda marcó mi vida durante mucho tiempo.

Recuerdo que Sor Manuela como cada tarde me estaba peinando las trenzas antes de bajar a clase después de la siesta y oímos el zumbido de unos motores aproximándose. Hoy a mis 86 años imagino, porque no pude verlo, a todo aquel que transitaba la calle parado mirando al cielo, y a hombres, mujeres y niños asomándose por las ventanas en busca de la procedencia de aquel extraño y lejano sonido. Sor Manuela también se quedó parada con el cepillo en la mano sujetando una de mis coletas a medio hacer atenta, hipnotizada por aquel sonido.

Luego el eco cercano de una sirena interpretando la banda sonora de la ofensiva, enérgica, atronadora que no para de sonar anunciando a la población de un peligro inminente. Entonces Sor Manuela me abraza, me arropa bajo sus sayas *“Tranquila mi amor no pasa nada”* me dice; no veo, sus manos, su áspera ropa cubre mis ojos, mis oídos, mi cuerpo.

Se hace el silencio, infinito, eterno, roto tan solo por desesperados aullidos y el sonar de las carreras sobre el asfalto.

Hasta que un ruido sordo, silbante y un gran estruendo lo hacen finito, lo rompe.

Ahora las bombas ya no dejan de caer reventando a cada impacto edificios, segando vidas, aplastando esperanzas y el pánico se acomoda en la población hasta que el rotar de los motores se aleja y ellos comienzan de nuevo a respirar y el silencio vuelve a ocuparlo todo, y comienza a hacerse hueco el toser del polvo y vuelven los gritos, pero esta vez de pánico y de dolor.

"*La aviación Facciosa* compuesta por veintitantos trimotores custodiados por varios cazas bombardean con bombas incendiarias y explosivas Guadalajara”, y el Orfanato. (Lunes, 7 de diciembre de 1936 a las tres de la tarde)

Recuerdo que Sor Manuela me abrazaba con su cuerpo y que cuando abrí los ojos ya no la vi.

Supongo que tras aquel primer impacto corrieron todos al refugio, todos menos los más pequeños que con las prisas y el pánico olvidaron que estábamos en los dormitorios de la segunda planta junto a Sor Manuela y al Director que estaba en su despacho arreglando unos papeles y murió aplastado por uno de los muros al desplomarse tras el impacto y ella herida a mis pies por la metralla.

Pero no la vi.

Perdí el conocimiento, no sé cuánto tiempo estuve allí inconsciente.

Solo sé que desperté porque sentí mucho calor en mis pies y sobre mi cabeza caían cosas: papeles y ceniza tal vez. No sabía dónde estaba. Recuerdo que me incorporé y un poco atontada aún me quedé sentada en el suelo buscando acordarme de algo, saber qué había pasado y donde estaba.

Recuerdo el lejano zumbido de las bombas y las explosiones pero no estaba asustada, tampoco recuerdo que me doliera nada porque continuaba sin saber qué sitio era aquel en el que me encontraba. Estaba desorientada.

Había mucho humo y polvo que podía masticar y apenas me dejaba ver, pero vi el techo y un gran agujero por el que se colaba el humo como una gran chimenea, y estaba rodeada de cascotes. Las camas habían saltado por los aires y estaban amontonadas, rotas y llenas de polvo a mi lado. Ni siquiera supe en ese momento que eran camas, yo vi hierros retorcidos, colchones, cascotes y telas amontonadas.

Me giré y vi la ventana, ¡estaba igual! y hasta las blancas cortinas recogidas a un lado en su sitio.

Observando aquel trozo de pared que aún continuaba en pie como si fuera un recorte de periódico, porque un poco más allá ya no había pared ni había nada, lo supe. Supe donde estaba.

Estaba en el colegio, en mi habitación, en la sala de los pequeños.

Entonces también me di cuenta de que todo ardía a mí alrededor, que el fuego provenía del piso de arriba. Y había más llamas que se colaban entre las maderas del suelo.

¡Había llamas, llamas que me empezaban a quemar por los pies!

Salí corriendo sin percatarme de que ella estaba allí, a mi lado, bajo los escombros.

Corrí desesperada palpando las paredes para poder avanzar. Al principio chillaba, luego me empezó a picar la garganta y los ojos, dejé de hacerlo y apreté muy fuerte las manos contra mi boca y dejé de tocar las paredes pero seguí corriendo y atravesando cegada por la sangre que caía de mi cabeza y el humo el largo dormitorio, tropezando con hierros y cascotes que no veía y que me hicieron caer mil veces antes de alcanzar la puerta.

Una viga ardiendo cayó a unos metros de mí, a mi espalda, no me tocó pero el impacto hizo temblar el suelo y me asustó aún más y por unos instantes dudé de la dirección que debía tomar.

En el pasillo el humo me dio un pequeño respiro, a ratos parecía desaparecer colándose por el tremendo hueco que se había hecho en una pared al desplomarse, aun así costaba avanzar, el suelo estaba lleno de cascotes y las llamas se colaban por todas partes.

Cuando ya casi había llegado al rellano de las escaleras, me crucé con uno de los mayorcitos que subía en busca de su hermana pequeña tapando también su boca con la camisa.

Y la encontró allí mismo, a unos metros de mi, tirada en el suelo inconsciente. Yo había pasado por su lado y ni siquiera la había visto.

La recogió.

Parecía una muñeca rota. Nunca había visto a una persona muerta, pero tampoco sabía que uno se pudiera morir porque yo no sabía de muertes, sabía de separaciones, de lo que se siente cuando estas lejos de tu madre, pero no sabía de muertes, seguramente ni supiese que esa palabra existiese. Pero me impresionó verla.

Dejé de correr, paralizada observé como la envolvía en un colchón, di unos pasos, me acerqué a ellos y le pregunte *“¿Qué haces?”*. Entonces él reparó en mí, me miró unos segundos *“¡Corre!”* chilló indicándome con la cabeza hacia las escaleras y apremiándome con la mano. *“¡Corre!, ¡sal de aquí!”* Pero yo quería quedarme con ellos. *“¡Corre!”* volvió a insistir. *¿¡No ves que esto se hunde!?”* chillaba aún envolviendo a la niña, dándome la espalda, apoyando una rodilla sobre el colchón para ayudarse y la otra en el suelo, apurándose para salir de allí.

Obedecí pero no podía dejar de mirar atrás.

El humo era tan intenso ahora que pronto dejé de verlos y aceleré mi carrera. Una bomba había hecho un boquete en el suelo, caí en él y al lavadero.

Recuerdo el golpe de mi trasero al chocar sobre la piedra, la impresión del agua fría de diciembre al contacto con mi cuerpo, el sonido cercano de las bombas y el silbido que las precedía. El miedo me hizo cerrar muy fuerte los ojos y quedarme quieta, acurrucando mis piernas sentada dentro del lavadero. El agua helada empapaba mi cuerpo, el humo que había inhalado me hacia toser y la cabeza comenzó a doler hasta resultar insoportable. Yo, yo ¡No quería estar allí! “¡Sor Manuela!” grité buscado su ayuda en silencio, muy bajito, para que los que nos estaban haciendo aquello no me oyeran, no supieran dónde estaba yo.

Para que no me encontraran.

Me salpicó y sorprendió un bulto que cayó junto a mí; rápidamente flotó y se quedó ahí rozando mi espalda y otro más que me empapó la cara.

Pero yo ya me he negado a estar allí, no le hago caso.

Siento chapotear y voces que me llaman.

Sigo sin moverme.

El pánico no me deja siquiera abrir los ojos. Si los abro estoy de vuelta. Y no quiero.

“*No estoy aquí*”, “*no estoy aquí*”, *“no estoy aquí*” repito constantemente, deseándolo con todas mis fuerzas. “*No estoy aquí*”. Pero sí que estoy y alguien tira de mí, me zarandea y grita *“¡Vamos sal!”*

Menos mal que Vicente que así se llamaba el chico nos sacó a las dos del agua, y nos ocultó en el jardín debajo de algunas plantas hasta que todo pasó porque un muro se desplomó sobre el lavadero casi cuando estábamos saliendo de él.

Nos habían enseñado que hacer en caso de un bombardeo. Sabíamos que había que dejarlo todo y salir corriendo hacia el patio. Allí había una trampilla de metal en el suelo, siempre estaba cerrada con un candado para evitar que los chicos la abrieran jugando y alguno se hiciese daño al caer por aquella empinada escalera de metal. Nos enseñaron que teníamos que correr hasta allí y bajar al refugio.

Corrimos, pero estaba lleno de gente.

Y cerrado.

En la calle cobijándonos bajo las plantas éramos muchos.

Muchos niños nos habíamos quedado fuera.

# En el hospital.

El colegio apenas se tenía en pie, el Infantado quedó completamente arrasado y las bombas hicieron salir de sus tumbas a los cuerpos enterrados del cementerio. Por lo visto la aviación puso especial empeño en atacar el hospital también. Y prácticamente destruido tuvieron que habilitar varias tiendas de campaña junto a sus escombros para atender a los heridos.

Yo estuve en una de las salas que había quedado en pie creo que cuatro o cinco días, no lo sé, tal vez fueron más, se me había clavado metralla y tuvieron que cortarme las trenzas y afeitarme la cabeza. Las heridas nunca las vi, primero estaba vendada, luego como no teníamos espejos y la mayoría estaba detrás, tampoco; solo recuerdo mi pelo muy, muy corto y que no me gustaba.

De esos días recuerdo a las monjas con aquellos almidonados gorros blancos tan abultados que nos hacían reír. Y a los médicos pasando tan rápido por delante de nuestras camas sin hacernos caso que sus batas se ahuecaban y casi volaban.

Recuerdo a una niña tumbada en su cama junto a la mía, tendría un par de años más que yo y la conocía del colegio, pero no éramos amigas. Al principio no me di cuenta, parecía que estaba normal, luego me extrañó que no se levantase, que siempre estuviese tumbada, y por las noches la oía llorar en silencio. Lloraba mucho, incluso de día. Nadie nos venía a visitar, ni a mí, ni a ella, ni a otros tantos niños que había en la sala y me daban pena porque la mayoría nos levantábamos y corríamos por los pasillos, pero algunos permanecían en silencio tumbados en sus camas, sin hablar y sin decir nada, solos, como ella.

Un día me acerqué y le pregunte *“¿qué te pasa?”* ella no contestó pero retiró las sábanas. Y vi sus piernas amputadas hasta la rodilla y las puntas de las vendas llenas de sangre negra. No pude seguir mirando pero a partir de ese momento la visitaba mucho, aunque no me atrevía a sentarme sobre su cama por si le hacía daño. Me acercaba y le contaba las cosas que pasaban y que hacíamos para divertirnos. Ella escuchaba en silencio, pero de vez en cuando reía, al final nos hicimos amigas, pero a mí me trasladaron y ella se quedó allí otra vez sola. Laura, se llamaba Laura.

También recuerdo cosas buenas. Recuerdo que un niño al que le habían tenido que sacar metralla de todo el cuerpo como a mí y que al principio no se movía porque estaba lleno de vendas terminó corriendo con nosotros a la pata coja .Y que para desayunar desayunábamos leche. Me encantaba la leche, siempre me ha gustado.

Y pan frito.

Muchos años después me pasé por la "Casa de la Misericordia", mi antiguo colegio que estaba en el Paseo de las Cruces en Guadalajara, me había enterado que Sor Manuela aún estaba allí y quise entrar a saludarla. Estaba muy viejecita: la edad y las secuelas de sus heridas la habían postrado finalmente en la cama. ¡Se acordaba de mí!

Me contó que cuando sintió el primer impacto trató de protegerme con su cuerpo, posiblemente ella me salvara la vida, y que tuvieron que retirar los escombros para liberarla. Por ella supe de la muerte del director y me relató algunas cosas de las que no estaba orgullosa pero que tuvo que hacer durante los rigores de la guerra, y que no voy a contar aquí porque nada tienen que ver conmigo y me las contó en confianza porque me quería. Pero si os diré que me aseguró que había sido muy duro ver morir sin poder hacer nada. Y que se alegraba de que yo no hubiera tenido que ver aquel horror.

Pero lo había visto.

Recuerdo que aunque lo intentó le fue imposible incorporarse y que los dolores la acosaron y no pararon hasta que encontró la postura. Me senté junto a ella sobre la cama, acaricié sus manos y ella tomo las mías entre las suyas y comenzó a arrebujarlas, como antes: con paso firme y largo; como cuando acaricias a tu perro a lo largo de su lomo, y que solo las soltaba para arrullar mi cara mientras me dedicaba la más tierna de las sonrisas. De vez en cuando paraba de hablar, se las acercaba a la boca y las besaba.

Me dijo que todas las noches rezaba porque estuviese con vida y aseguró que ya podía morir tranquila.

Al día siguiente volví, me había propuesto ir a visitarla todas las tardes, pero a mi llegada me informaron que Sor Manuela había muerto de madrugada.

Desde ese día yo rezo cada noche por ella.

# La búsqueda.

La noticia del bombardeo tardó unos días en llegar al pueblo y nadie me contó porque nadie lo supo que mi madre al enterarse lo había dejado todo y había venido por fin a recogerme. A su llegada un solar lleno de escombros y nadie a quien preguntar. Desesperada recorrió Guadalajara de punta a punta preguntando por el paradero de las monjas y niños del Colegio de la Misericordia, pero ya era tarde: el director había muerto, las monjas fusiladas, heridas o escondidas, los papeles ardido con el incendio y tal era el revuelo formado que no pudo encontrarme ni saber razón alguna de mi.

También porque entre el bombardeo de primeras horas de la tarde y la represalia unas horas después de unos cuantos milicianos, dijeron que procedentes de Aragón, que sin consentimiento del Gobernador Civil Don Miguel Benavides habían asaltado la cárcel de Guadalajara y fusilado sin descanso a 282 presos políticos y religiosos acusados de no ser afectos a la República, los ánimos estaban muy alterados, los mandos revueltos, los militares cumpliendo órdenes estrictas y la población asustada; todo aquel desconcierto dejó muda a una ciudad que no quiso ayudarla. Isabel buscaba a “las monjas de la misericordia” y todos sabían de qué lado estaba la Iglesia y allí mandaban los republicanos; temían nuevas represalias y por sus vidas.

Cuando llegó al hospital yo ya no estaba y no pudieron ayudarla. En las fichas de registro constaba que un gran número de niños de edades comprendidas entre cero y doce años procedentes en su mayoría del orfanato habían causado alta el día siete de diciembre. En todas ellas rezaba el sexo, la edad aproximada, el motivo del ingreso y el numero de la sala asignada, pero en la casilla donde debería de aparecer el nombre rezaba en todas ellas “Desconocido” y un numero asignado. Visitó la sala y encontró a Laura y algunos otros, pero no a mí. Éramos menores custodiados por el estado pero no constaba la fecha de alta hospitalaria, ni el destino a donde nos habían enviado, por lo que en teoría aún estábamos ingresados, pero no era así.

Había habido un error administrativo fue toda la explicación que le dieron.

Con el pánico dibujado en sus ojos buscó también encontrarme entre los cadáveres rescatados y colocados en fila para su identificación. Pero no me encontró. Me contó que aquello debería de haberle aliviado, pero no; porque siempre pensó que me había tenido delante y no me había visto, convencida de que una de aquellas caras irreconocibles, que nunca olvidó, era la mía.

Unos días después, sin poder demorarlo más, sola y desesperada, sin saber siquiera si estaba viva regresó al pueblo. Dejó encargada a una amiga que vivía en Guadalajara que preguntara por mí de vez en cuando en la comisaria, y en el Gobierno Civil puso denuncia de mi desaparición. "*Si está muerta tarde o temprano lo sabremos señora*" fue la tonta y torpe respuesta, por tener que callar lo que sabía, del militar que la atendió en ventanilla al tiempo que le extendía el salvoconducto para volver a casa.

Guadalajara por aquel entonces no era más que una pequeña ciudad con escaso personal militar que se vio mermado y desbordado aquellos días por los acontecimientos del siete de diciembre y que necesitaba urgentemente recuperar el orden y depurar responsabilidades tras los crueles fusilamientos. Su prioridad era controlar la situación, evitar nuevas revueltas y muertes. ¡Claro que sabían del traslado de aquellos niños!, la orden había venido del Gobierno Central y los camiones desde Madrid, pero eran diez, trasladaban a sus niños y habían partido de su base ¡Cómo no habrían de saberlo! Y claro que intuían que yo estaba entre ellos, pero la orden era salvarnos la vida, alejarnos del peligro. Los camiones ya habían partido y sabían que la aviación iba tras ellos. No podían retrasarnos.

¿¡Quien se iba a apiadar de una mujer que preguntaba por una pequeña que había abandonado antes ella!?

Nadie.

Isabel se quedó aquí en España, sufriendo por el miedo a perderme, a haberme perdido, con la culpa de haberme dejado y el resentimiento de lo vivido, sobreviviendo a una guerra que nada tenía que ver con ella pero que la llegó hasta la misma puerta de su casa. Y cuando esto ocurrió, tuvo que salir corriendo a refugiarse a un pueblo vecino, a Hortezuela, en casa de “la tía Petra” y vivir de su caridad porque con las prisas nada pudo coger y cuando regresaron nada de lo poco que tenía quedaba. Les habían robado, habían destrozado, lo habían expoliado todo. Solo encontró papeles y muebles revueltos, rotos y pisados y vacía la cajita de cartón donde con todo el amor guardaba la sortija que un día le regaló mi padre, mientras a mi me trasladaban a Barcelona, Tarrasa y finalmente a Francia.

# Pajarillos

Supongo que no podrían tenernos ingresados en el hospital indefinidamente porque necesitarían las camas y no tendrían donde meternos a todos o tal vez a causa de la guerra, y tampoco creo que me estuvieran esperando a mi; el caso es que antes de recuperarme del todo de mis heridas, desde el hospital, nos trasladaron a Barcelona donde cogimos piojos y tuvieron que cortarles a mis compañeros también el pelo. Y yo viéndonos todos iguales me sentía un poco mejor de ánimo.

¡Recuerdo que metíamos la cabeza en las fuentes para que creciera antes!

No sé donde estuvimos, pero podíamos ver el mar subiéndonos a las rejas del patio. Nos gustaba ver el mar, a ellos porque nunca lo habían visto, y yo tampoco, pero aquel azul tan intenso me recordaba a mi madre.

Pasábamos horas encaramados a aquellas verjas matando el tiempo. Éramos como pajarillos posados en fila sobre los tendidos eléctricos.

Dicen que los ganadores escriben la historia, y nosotros estábamos en el bando de los perdedores, por lo que hasta que acabó la dictadura aquí en España nadie escribió nunca sobre nuestro destino. Nunca dijeron que habíamos tenido que salir huyendo y exiliarnos en un país extranjero durante muchos años, ni que el traslado lo hicimos como ganado en camiones conducidos por militares y acosados por “los cazas”. Ni que viajaban con nosotros algunos voluntarios civiles que nos atendían jugándose la vida por unos desconocidos y que como marchábamos muy, muy despacio cuando llegábamos a las poblaciones y a los sembrados se apeaban junto a los más mayores y subían sin tener que parar los camiones tras requisar de los graneros o sobre el terreno todo lo que podían para después, por la noche, preparar alguna comida porque pasábamos hambre. Patatas cocidas, trigo y avena que cocían y después majaban para hacer tortitas, zanahorias, acelgas, nabos, cardillos; guisaban cualquier cosa que encontraban y se podía comer. Ni que algunos aldeanos se jugaron la vida regalándonos harina, leche, huevos y gallinas viejas para hacer caldo aun sabiendo que éramos tantos que apenas alcanzaba para alimentarnos; daban lo que tenían. Y mucho menos contaron que a Barcelona llegaron tan solo tres de los diez camiones que salieron de Guadalajara.

Y durante cuarenta años los que escribían la historia se callaron que sabían que en el interior de aquellos camiones viajan niños porque los que ganaron le habían encargado a la "Legión Condor" que se ocupase de ellos.

Cuando oigo hablar de que hay que olvidar, que aquello pertenece al pasado, e incluso a algunos decir que como vamos a superar lo vivido si no lo dejamos estar. Y a los que dicen que eso de la memoria histórica es una tontería y que muertos los hay en todas las guerras.

Me indigno. ¡Ya ni los quiero escuchar!

Porque ¿para qué?

Si no quieren entender porque ellos no fueron los que perdieron. Ellos no se encontraban entre mis compañeros y amigos, aquellos que se quedaron enterrados en las cunetas bajo pequeños montones de piedras y que nada tenían que ver con la guerra. Ellos no fueron los fusilados, ni los olvidados, ni los perseguidos. Ellos solo son los que ganaron.

# A Barcelona.

El día que salimos del hospital y nos metieron en los camiones lo recuerdo como una fiesta. Estábamos contentos ¡Salíamos de excursión! Nos llevaron a todos andando hasta las afueras, a lo lejos vi la explanada y vi un montón de camiones aparcados. Junto a ellos nos pusieron a todos en fila y a cada uno nos entregaron un paquete con una manta, un plato y una taza de zinc muy brillantes donde divertidos nos miramos la cara muy sonrientes mostrando nuestras desdentadas bocas. Para nosotros que no sabíamos de dónde veníamos, porqué, ni a donde nos dirigíamos, aquello era un regalo y ¡nosotros no habíamos tenido nunca ninguno!

Luego nos repartieron en grupos y nos asignaron camión. Yo tuve la gran suerte de montar con Vicente y Carmela.

Al principio íbamos cantando todo el rato, parábamos a descansar, a comer y a cenar y dormíamos en tiendas de campaña junto a los camiones, pero pronto nos sorprendió la aviación y tuvimos que escondernos en unas cuevas. Desde ese día nos acosaban constantemente. Las bajas no eran muchas porque siempre teníamos donde ocultarnos, pero luego el terreno se volvió cada vez mas llano y nos costaba encontrar refugio. A cada ataque caía casi siempre algún camión y no siempre podían repararlo y teníamos que apretarnos un poco. Cuando cayó el camión de las provisiones comenzamos a pasar hambre.

Y muchos de mis compañeros no llegaron a ver el mar.

Vicente y Carmela también se quedaron en el camino, bajo uno de esos montones de piedras junto a la carretera.

Marchábamos como siempre en caravana y circulando despacio cuando oímos acercarse los motores en el peor de los momentos: no había un árbol ni una piedra en aquel páramo. Era la carretera y la nada; eriales y campos segados hasta donde la vista alcanzaba.

Sentimos acelerar los camiones. Los baches nos hacían saltar del sitio aún abrazándonos unos a otros, y nuestros propios chillidos de pánico ensordecían las órdenes de los cuidadores que trataban de tranquilizarnos.

Frenaron todos a un tiempo.

Oigo el chirriar de las llantas y una nube de polvo nos envuelve mientras nos apeamos. Veo a los militares y los cuidadores dándonos la mano para ayudarnos a bajar mientras chillan. Chillan que nos dispersemos, que nos escondamos y si no podemos correr más que nos tiremos cuerpo a tierra.

Como nos habían enseñado.

Cometí el error de mirar al cielo y vi las panzas de los aviones que se nos echaban encima. No pude alejarme mucho, recuerdo que tropecé y me levante en varias ocasiones con la desesperación de alejarme de allí mientras mi vista buscaba en vano un lugar donde refugiarme.

Aún corría cuando desde el cielo varias balas frenaron mi carrera, entonces me tiré cuerpo a tierra como siempre, cubrí mi cabeza con los brazos y esperé. Al menos eso creí que había hecho.

Pero no.

Pasaron rápidos los aeroplanos disparando a discreción y las balas rebotándonos a los lados, ya habíamos sufrido muchos ataques, pero allí fue diferente porque yo era pequeña y rápida, siempre había logrado ocultarme a tiempo tras alguna roca, no la necesitaba muy grande, pero aquel día sentí mucho miedo, y pánico, porque no había donde esconderse y el sonido de los proyectiles rebotando a mi lado, tan cerca, a escasos centímetros de mí, haciendo saltar la tierra seca sobre mis piernas desnudas me paralizó y volví a cerrar los ojos muy fuerte y a acunar mis piernas haciendo con mi cuerpo un ovillo.

Cuando todo acabó, al incorporarme, sentí la humedad en ellas y no pude evitar pensar en Sor Manuela, y en los besos que me daba en la cabeza cuando me lo hacía y corría llorando a refugiarme entre sus brazos. Ella sabía que me había orinado porque tenía miedo y me decía: "*No pasa nada cariño, ahora mismo nos ponemos limpias".*

Sentir su ausencia aún me entristeció más.

Cuando se me pasó el llanto busqué a Vicente y a Carmela, desde lo del lavadero nos habíamos hecho buenas amigas y desde entonces también Vicente se ocupaba de mi, pero no pude encontrarlos.

En el recuento no dieron sus nombres y yo no los volví a ver.

Aquel día no murieron, no del todo al menos, porque ellos Vicente y Carmela siempre han estado muy presentes en mi recuerdo.

Primero porque junto a ellos me sentí protegida y acompañada y porque a Vicente también le debo la vida. Pero por lo que más los recuerdo es por el cariño y el amor que se procesaban ellos. Carmela siempre le daba la mitad de su rancho al hermano alegando que no tenía más hambre y Vicente no daba un paso si no iba de la mano de su hermana pequeña.

Se querían tanto que perdieron la vida juntos, no podía ser de otra manera.

# “¡No está!”

De aquellos días recuerdo el hambre; frio no, porque como éramos tantos nos pegábamos los unos a los otros para darnos calor y lo único que nos sobraba eran platos que ya no brillaban, tazas y mantas. Por las noches cantábamos canciones alrededor del fuego y así matábamos al miedo, al frio de la noche y al hambre. Algunas veces a los más pequeños algunos mayores nos cantaban canciones infantiles, bailaban y hacían el payaso para animarnos.

En una ocasión uno de los mayorcitos encontró unas camisas y unos sayones viejos en un granero abandonado, los cogió y convenció a unos cuantos para disfrazarse. Y por las noches se los ponían y hacían el payaso cantando y hablando como las viejas. Luego cuando ya nos dolían las mandíbulas de tanto reír se los quitaban simulando un “*estriptis*”

Aun así, pese al intento de cuidadores, militare y de “los mayores”, pese a ser también ellos unos niños, después de aquel ataque cuando oíamos acercarse a los aviones y volvían a parar los camiones y salíamos todos corriendo y nos escondíamos yo, como cuando juegas con un bebe y le tapas los ojos y dices *“¡no está!”* y el bebe se cree que ha desaparecido, me tapaba los oídos y cerraba los ojos igual, hasta que alguien me zarandeaba y me decía que todo había terminado.

Cuando los sentíamos alejarse los más valientes se asomaban para comprobar que ninguno daba la vuelta. Luego el recuento, y a buscar a los heridos y muertos. Los que sobrevivíamos ayudábamos; porque incluso a los más pequeños nos ponían a taponar las heridas mientras ellos curaban a otros. Después todos a los camiones que aún podían funcionar. Los profesores y los conductores enterraban junto a las cunetas a los fallecidos y recogían todo lo que podían aprovechar de los camiones que ya no podían andar y los dejaban en la carretera.

Entonces nos teníamos que apretar aún más.

Al alejarnos rezábamos en silencio una oración y cantábamos una canción de difuntos. Recuerdo que entre los voluntarios viajaban algunos ateos. Pero nosotros estábamos acostumbrados a rezar y nos respetaban. Cuando acabábamos ellos se ponían a cantar la internacional con la gorra en la mano, la mano en el pecho y la cabeza bien alta. En algunos trozos hacían muchos aspavientos para hacernos reír. Al final casi se nos había pasado la pena.

# Nieve

Nunca habíamos visto la nieve. Recuerdo que en una ocasión pararon los camiones a media tarde, todos dormíamos, nos despertaron y nos hicieron bajar. Los mayores ayudaron a montar el campamento mientras los pequeños mirábamos ateridos de frio envueltos en mantas. Luego hicieron fuego, prepararon algo de cena y allí dormimos. Por la noche tuve que salir a hacer mis necesidades de la tienda, no recuerdo haber visto nunca una noche tan cerrada. Apenas alumbrada por los rescoldos de la lumbre sentí mucho miedo y defequé junto a las lonas y mientras lo hacía me di cuenta que no había ni una sola estrella.

A la mañana siguiente el campo se había teñido de blanco y no hacia frio.

No había podido pegar ojo en toda la noche porque me daba vergüenza que alguien encontrara mi caca. Me imaginé junto a ella un cartel "*Es de María Teresa*" y lo primero que hice fue ir a buscarla para retirarla, pero no la encontré porque estaba cubierta de nieve y me puse muy contenta porque el cuerpo del delito había desaparecido.

No podíamos sentarnos en ningún sitio, desayunamos el pan duro mojado en agua de pié revoloteando alrededor de los mayores con mil preguntas. Recuerdo muchos nervios porque no sabíamos qué era aquello tan blanco y brillante que cubría el suelo, crujía y se hundía al pisarlo. Y era bonito, nos dio tanta paz que, como no éramos más que unos niños, durante un buen rato nos olvidamos de la guerra porque nos moríamos por jugar con ella.

Se acercaron al campamento los lugareños con sus niños y entre todos construimos un muñeco de nieve entre risas y carcajadas. Recuerdo que le pusimos una gorra, unos botones negros por ojos y le colocamos una chaqueta por los hombros para que no tuviera frio, de nariz un nabo seco que cuando nos fuimos el cocinero le quitó. Jugamos a su alrededor un rato haciendo el ángel, revolcándonos y tirándonos bolas los unos a los otros. Cuando ya estábamos todos empapados y comenzábamos a tiritar de frio nos repartieron entre las casas y todos comimos caliente y dormimos sobre colchones.

Cuando a la mañana siguiente arrancaron los camiones y nos alejamos el muñeco sin nariz se quedó allí solo, deseándonos buen vieaje con sus ojos de botón.

¡Recuerdo aquel día como un día grande!

¡Y que se sumó a nuestra caravana un nuevo amigo!

Su padre pidió a los responsables que se lo llevaran con ellos porque su madre había muerto, él había decidido unirse al ejército rojo, y aunque sabía que sus abuelos cuidarían bien de él temía que un día llegara allí también la guerra y no quería que le pasara nada a su hijo que era lo único que le quedaba en el mundo.

Se llamaba Jaume. No tendría más de cuatros años, lo pasó mal porque echaba de menos a su padre y lloraba mucho, era muy chiquitín. Pero cuando se acostumbró resultó ser muy revoltoso, simpático y ocurrente; nos hizo reír muchas veces.

A media mañana del día siguiente reanudamos nuestro camino. Pero lo que en un principio había sido un motivo de alegría y festejo se convirtió en un gran problema. En algunas zonas la nieve se había ventisqueado, apenas nos permitía avanzar y cuando lo hacíamos lo hacíamos aún más despacio de lo habitual y en más de una ocasión se atascaron los camiones y se salieron también de la carretera, allí todos tuvieron que tirar de palas y fuerza para mover los vehículos. El miedo a ser sorprendidos por la aviación en aquellas circunstancias comenzó a poner demasiado nerviosos a profesores y conductores que no dejaban de gritar y gruñir. Al final todos estábamos muy nerviosos.

Por fin llegamos a un pueblo, aunque hacía mucho frio llevábamos los toldos recogidos porque había salido el sol y estábamos un poco amarillos, y desde los camiones vimos a la gente correr escondiéndose en sus casas. A nuestro paso no quedaba un alma. Paramos en la plaza y fueron a buscar al alcalde para pedirle un sitio donde poder dormir (porque no podíamos montar las tiendas sobre la nieve), agua y algo de comida para la noche.

Pero no lo encontraron.

Solo puertas y ventanas cerradas y tras los sonidos de las aldabas escucharon carreras y cuchicheos mientras que nosotros desde lo alto de los camiones veíamos a las gentes asomándose tras las cortinas. No era la primera vez que nos pasaba eso, pero nunca habíamos tenido que dormir dentro de los camiones y teníamos hambre. Entonces los mayores, enfadados y con ganas de revancha se bajaron de los vehiculos y cogieron todos los animales que encontraron por las calles y en los corrales: gallinas, patos, conejos hasta un par de cabra. Y por temor a que nos reclamaran todo lo que les habíamos robado aquella noche dormimos mientras los camiones proseguían su camino pero tuvimos carne, algunos huevos y leche hasta llegar a nuestro destino.

# A Tarrasa.

En Barcelona estuvimos muy poco tiempo y lo que recuerdo ya lo he contado.

Tan solo que en una ocasión nos llevaron a ver un desfile y nos regalaron globos de colores ¡nunca habíamos visto uno! Había una banda de música, muchísima gente en la calle animando, enarbolando pendones rojos, amarillos y morados y los que desfilaban iban vestidos de uniforme, llevaban un pañuelo rojo anudado al cuello y saludaban al público poniendo su mano en la frente con los dedos unidos. Años después me enteré que aquel era el saludo de “Los Pioneros”, las juventudes comunistas, que eran los encargados de integrar la infancia a la sociedad en el partido.

Entonces no sabíamos quienes eran, tampoco nos importaba. Tan solo el bullir del momento, la música, la gente y los aplausos.

Fue muy emocionante.

Luego, tras los continuos ataques de la Aviación Legionaria Italiana que partía desde las bases de Mallorca y que causaron numerosas víctimas entre las que se encontraron algunos compañeros míos, en cuanto consiguieron los salvoconductos necesarios para circular nos trasladaron a Tarrasa; allí estuvimos una buena temporada.

Hoy sé que cerca de tres millones de personas fueron evacuadas, refugiadas o desplazadas durante la guerra. Que el país entero tuvo que soportar el espolio y la humillación de un absurdo conflicto causado por unos pocos para beneficio de otros menos y que la solidaridad de los ciudadanos para con nosotros fue absoluta. Aquellos hortelanos compartieron lo poco que tenían, que no era nada y muchas veces hasta expusieron sus propias vidas por ayudarnos, pero desde el punto de vista de una niña de siete años que apenas ve lo que le rodea, y lo que nos rodeaba no era más que miseria y hambre, los hortelanos eran muy tacaños porque se quejaban a Don Paco, que fue nuestro responsable al llegar allí, de que robábamos cosas de los huertos.

Y Don Paco, viviendo en sus propias carnes el hambre y el sufrimiento por el que estábamos pasando les contestaba que *“lo que hay en España es de los españoles”* y ni siquiera nos regañaba. Bueno yo me incluyo pero a mí no tenían que regañarme por robar nada, me sentía ya tan malita que apenas salía de la barraca del campamento que habían improvisado para refugiarnos.

Recuerdo que cuando subían los militares a comer aún comíamos algo, pero los días que no subían apenas teníamos nada que llevarnos a la boca. También que algunas señoras nos llevaban a sus casas, *un día comíamos patatas y al día siguiente mondas fritas.* No había más, ¡éramos tantos!

Como aún era invierno y en la calle hacia mucho frio Don Paco, que era maestro, nos entretenía en una de las barracas dándonos clase. Poníamos los camastros a un lado y nos sentábamos en el suelo sobre las mantas. Como éramos muchos y allí no había quien se enterase de nada, supongo que por falta de ganas de aprender, casi siempre terminábamos cantando canciones. Algunas en catalán.

Aún recuerdo muchas de ellas.

La cosa se puso peor: escaseaba el alimento, las líneas enemigas cada vez estaban más cerca y a todas horas bombardeaban los cazas y los tres camiones pusieron rumbo a Europa: uno a Rusia y dos a Francia.

Poca ayuda exterior tuvo la república durante la guerra. Nuestros vecinos apelaron durante todo el conflicto a la neutralidad de sus gobiernos. Pero supe muchos años después que tras los crueles bombardeos de las ciudades vascas y catalanas, en especial de Guernica el 26 de abril de 1937, el lema «Ayudad a los niños de España» comenzó a cuajar sobre la opinión pública internacional y en colaboración con el gobierno de la República y los gobiernos autónomos vasco y catalán se pudieron crear comités de ayuda en distintos países para “exiliar” y atender a los niños desde el punto de origen hasta su destino. Y que yo, aún sin saberlo, era uno de esos niños a los que había que ayudar.

Y que el «Comité d'Accueil aux Enfants d'Espagne» con sede en París fue el que se encargó de nosotros. Porque a mí me tocó ir a Francia.

Y conocí a mi maman.

Recuerdo que me regaló una tableta de chocolate, me dijo: *"pero tienes que compartir con tus amiguitos"* y yo pensé: *"¡Sí, sí, pienso comérmelo yo todo!"* y hasta me imaginé degustando aquel maravilloso manjar oculta detrás de alguno de aquellos pinos; pero no fui capaz de incorporarme de mi improvisada cama y mucho menos de probarlo.

No podía ya comer.

Pero eso sería más tarde, antes tuvimos que soportar un largo viaje, y más hambre, frio y ataques de la aviación. Supongo que lo pasaría ya en un duermevelas porque no recuerdo gran parte de aquel trayecto.

Solo que como no podía ya caminar Don Paco me llevaba a cuestas cuando teníamos que salir corriendo.

Y ni siquiera me enteré cuando cruzamos la frontera.

# ¡Ahh del campamento!

Pero si recuerdo cuando en una ocasión, debió de ser al principio, pasé mucho miedo. ¡Más!

Nos habíamos detenido a pasar la noche. Como de costumbre nos desviamos por un camino de tierra para alejamos un poco de la carretera y poder aparcar los vehículos bajo los árboles y así ocultarnos de la aviación e instalaron el campamento en un altillo bastante llano. Recuerdo que había una fuente de piedra roja y teníamos muchos árboles a nuestro alrededor: chaparras, carrascas y al fondo se veía un pueblo. Bajamos de los camiones y los pequeños como siempre nos quedamos junto a ellos esperando a que montaran las tiendas y encendieran fuego. Cuando terminaron nos sentamos alrededor de la lumbre y alguno de los mayores comenzó a contar una historia para entretenernos mientras preparaban la cena.

Ya estaba anocheciendo y uno de los profesores se dio cuenta de que faltaba un niño de los pequeños. Rápidamente comenzaron a llamarle, pero no contestaba. Organizaron una batida: maestros, conductores y mayores salieron en su busca y no le encontraron.

Volvieron al campamento, nos acostaron y aún no habíamos cenado, pero había que encontrar al niño. Se echaron al monte.

Nos dejaron solos.

La noche no estaba cerrada, había mucha luna pero pasaba el tiempo y en la lumbre apenas quedaban rescoldos. Don Paco acostumbraba a dejarme bastante incorporada poniéndome mantas tras la espalda porque así respiraba un poquito mejor. Recuerdo ver filtrarse un haz de luz a través de la lona de la tienda y sentir a uno de los niños incorporarse. No estábamos durmiendo, teníamos hambre y miedo, solo estábamos cobijándonos en nuestras tiendas intentando pasar el rato en silencio para no llamar la atención.

Asustados vimos acercarse las luces dibujando círculos cada vez más intensos y que se fijaban a cada rato sobre las lonas y agudizando un poco el oído pudimos sentir ruidos de caminar. Se acercaban.

No sabíamos si eran los nuestros. Aún sin hablar entre nosotros, apenas algún cuchicheo con las tiendas vecinas, todos nos temíamos que no, que los que se acercaban no eran los nuestros. Era *“el enemigo”* que nos había descubierto y estábamos muertos.

Expectantes los esperábamos en silencio sin poder hacer nada, acurrucándonos con nuestras mantas. Algunos se levantaron y se apiñaron en la parte de atrás. Los más valientes y yo, porque no podía andar, permanecimos en nuestros camastros.

Tal vez siguieran de largo.

*¡Ahh del campamento!* Dijo una voz. Y nosotros nos encogimos aún más en nuestros catres porque no la reconocimos.

*¡Ah del campamento!* volvió a chillar. Pero seguimos sin decir palabra.

¡No eran ellos! Los nuestros.

Entonces sentimos los pasos, botas, y el crujir de los uniformes rozando contra los fusiles muy cerca, eran muchos, casi entrando en las tiendas. La tela que hacía de puerta protegiéndonos valientemente del enemigo desapareció, en su lugar un fogonazo de luz nos dejó a todos ciegos y muertos de miedo; ni siquiera pudimos chillar.

Luego la linterna enfocó el suelo y poco a poco pudimos ver la silueta de un par de milicianos entrando encorvados en las tiendas. *¿Es vuestro este niño?* preguntó uno. Y alguien reconoció al chico.

Desde el monte *“los nuestros”,* que no eran más que cuatro maestros, seis o siete militares (conductores que se habían quedado sin vehículos) y diez o doce chavales desarmados vieron aproximarse las luces y corrieron a socorrernos al campamento. Allí se encontraron con los militares que ya se habían presentado. ¡Eran más de una docena, de los buenos, y traían al chico y algunos alimentos!

Cenamos con ellos. Don Paco me sacó de la tienda y sobre sus piernas intenté comer algo, luego envueltos en mantas pasamos un buen rato junto a la fogata escuchando a los mayores hablar de sus cosas sin entender nada. Pero era tanto el miedo y la ilusión pasada que a todos se nos había pasado el sueño.

# Francia.

Pinos, muchos pinos, luz filtrándose por sus ramas y tierra seca, arena y el fresco correr de un pequeño y ruidoso rio se oía a lo lejos. Amplios toldos extendidos protegiéndonos de un sol abrasador, ¡como cuando está de tormenta!, y los camiones aparcados en la entrada del recinto. La tiendas de campaña, las mismas rotas y ajadas tiendas que nos habían cobijando durante nuestro traslado, dispuestas sobre una pequeña explanada en hileras haciendo calles y de sus cumbres sujetos con cuerdas tendidos los toldos.

Bajo la sombra de uno de ellos, recostada en mi camilla con infinidad de mantas envueltas entre sí bajo mi espalda y otras tantas intentando mitigar el frio yo vi un ángel alto y hermoso de gran y acogedora sonrisa, faldas largas y sedosas hasta los tobillos bajo una amplia bata blanca ajustada a su cintura y una cruz roja bordada en el bolsillo junto a su pecho. La vi sujetando una cesta repleta de cosas y a sus cabellos finos, lisos y dorados como la miel reflejados por el sol meciéndose al compás de su sobrio caminar. Y desde mi sopor la vi hablando con los soldados y con mis compañeros que se arremolinaban a su alrededor intentando llamar su atención para que les regalara comida y chocolate en aquel campamento improvisado.

Berta vio a una pequeña niña muy, muy sucia y enferma, se acercó a ella y la besó.

No lo sé, tal vez este recuerdo no es tal y solo fue el fruto de mi delirio, pero así lo recuerdo.

Lo que sí sé a ciencia cierta es que cuando llegamos a Francia ellas: mi maman y mi abuelita, estaban entre las voluntarias que salieron a darnos agua y comida a los refugiados. Me regaló chocolate y cuando comprobó que ni siquiera lo pude probar solicitó al “Comité” llevarme a su casa para poder cuidarme. Mi pére tenía algunos amigos entre los militares que se ocupaban del campamento y no les costó mucho conseguir mi custodia provisional.

Mis compañeros se quedaron allí algunos días más. Aquel campamento no era muy diferente a los que aparecen hoy en televisión: sucios y llenos de barro. Revueltos y sin respetar la poca dignidad que te queda tras un viaje demoledor que rompe todo tu mundo desarraigándote de los tuyos y de tu cultura, sumiéndote en la desesperación, el abandono y la humillación de tener que mendigar un poco de pan cuando aún no tienes siquiera edad para luchar por ello.

Y todo porque un puñado de almas buenas quisieron salvar tu vida.

Sé, por lo que me lo contó mi maman que a ese nuestro primer destino se le llamaba *“Camp de triage”* que significa campo de selección y que desde allí a algunos de mis compañeros se les asignaron familias como la mía y al resto se les trasladó a una “colonia colectiva” en un pueblo cercano al nuestro y que los cuidadores y los militares que nos acompañaban se volvieron todos a España a seguir luchando por lo que ellos creían y querían salvar.

Ella iba a allí a ayudar, pero yo no pude verlos, ni supe más porque para cuando me recuperé ellos ya se habían marchado.

Muchas veces me he preguntado que había sido de mis amigos, si tuvieron mi misma suerte o la suya fue peor. Por las noticias y con el pasar de los años me enteré que muchos se quedaron allí y que nunca retornaron. Ojala tuvieran fortuna en la vida y lograran recuperar la dignidad de sus vidas.

Y ser felices.

Yo habría podido conseguirlo, la suerte de nuevo se había puesto de mi lado.

# Maman.

Me cuidaron.

Recuerdo que estuve muchos días en cama, y que mi maman me daba la comida de a poquitos para que no vomitase, aun así, de vez en cuando lo hacía. De aquellos primeros días solo recuerdo eso. Y luz y unos livianos visillos blancos con pequeños topitos bordados de muchos colores mecidos por la suave brisa del Pirineo.

Y su perfume, y su sonrisa al acercarme la cuchara a la boca.

Y aquellas nanas que me cantaba en mitad de la noche en un idioma que desconocía pero que conseguían sosegar el pánico de mis pesadillas.

Los paños empapados en alcohol sobre mi frente y el baño con agua tibia al que me tenían que meter a menudo para bajar la fiebre. Y a los médicos que tuvieron que volver a afeitarme la cabeza para poder tratar las heridas, pero esta vez no me importó.

Recuerdo perfectamente aquella bañera donde me sumergían los primeros días: era blanca de metal, patas y grifos dorados y tenía una cadenita dorada sujetando un metálico tapón. Durante años me bañé en ella, horas jugué a zambullir mis muñecos y barquitos de madera, ¡tantas que al salir maman siempre decía que parecía una uvita pasa!

También que durante muchos más la añoré enormemente.

Evoco, días después, a mi abuelita asomándose cautelosa por la puerta vigilando mi sueño y cambiando la botella de cristal de mi mesilla con agua fresca y limpia de una fuente milagrosa. Y sonreírme al sentirse sorprendida.

No era solo la inanición y la infección de mis heridas lo que me mantenía en cama y que a punto estuvo de quitarme la vida. La añoranza, la pena, el sentirme sola y saber que no tienes a nadie, el ver morir a mis amigos, aquellas heridas, las amputaciones, el dejar atrás a Sor Manuela, sus besos, sus caricias y sus abrazos, al Director, a Vicente, a Carmela, a Don Paco, a mi madre y a tantos otros, las balas, las bombas y la certeza de saber que pronto me tocaría a mí me hicieron tirar la toalla y dejar de luchar por mi vida.

Durante aquel largo viaje aprendí a no echar en falta el azul de los ojos de mi madre, ni los cálidos besos de Sor Manuela, aprendí a no pedir nada, a no desear nada. Aprendí a dejarme llevar por la vida, como un junco se doblega acariciado por el ímpetu del viento evitando las consecuencias de su fuerza yo aprendí a dejarme llevar por los días, el traqueteo de los vehículos, el olor a sudor, suciedad, orines, hambre y soledad.

Aprendí a no esperar nada.

Cuando me siento triste, no puedo dejar de rememorar aquellos oscuros días. Cuando me siento triste, no puedo dejar de recordar aquella amplia sonrisa de mi maman. Cuando me siento triste, cuando me sacude una tragedia, no lloro, no lucho, me dejo acarrear por el recuerdo, por la añoranza, me doblego como el junco y me dejo llevar.

Y esto ha sido así durante toda mi vida.

# Rue Termes.

A pesar de mi debilidad y de la pena, en el numero 26 de la rué de Termes en Bagnères de Bigorre brotó de nuevo en mi la esperanza y recibí mecida por aquella brisa que entraba por el balcón de la que durante siete años sería mi habitación, entre sueños, pesadillas, miedo a despertar y descubrir cuerpos mutilados, muertos, el ruido de los motores y las balas a aquella gran sonrisa de mi maman, el calor de sus abrazos, sus besos y todo el amor que mi nueva familia me brindó y que salvó mi vida.

Ellos me devolvieron la sonrisa perdida entre bache y bache del duro camino. Y al despertar del dulce sopor en que me había sumido mi enfermedad descubrí que mi largo viaje había concluido y que a más de seiscientos kilómetros de distancia de mi casa, en los Altos Pirineos, en Francia había encontrado a mi verdadera familia.

Y la paz.

Me vi rodeada de agua, de verde, de altos arboles de hermosos colores, miles de flores, fuentes, bonitos vestidos, amplias pamelas y zapatos de charol. Me vi recibiendo los besos que durante mi recuerdo tan solo había recibido por carta. Me vi siendo importante para ella. Sentí mi cuerpo limpio, acariciado y mimado con mano firme que deslizando una esponja rezumando un suave aroma a chocolate y agua hirviendo enjuagaba mi piel. Me vi completa y feliz por primera vez en mi recuerdo.

Aprendí a utilizar los cubiertos, a limpiarme la boca con la servilleta, a comer fruta con tenedor, a cortar el pan con cuchillo, a reír a carcajadas y a hablar otro idioma. Me vi rodeada de amigos y de gente a los que importaba. Escuché cuentos y oí preciosas canciones que me cantaba Berta al irme a la cama y que aún resuenan en mis oídos.

Aprendí a pedir las cosas por favor y dibujar una sonrisa en mis labios al sentirme escuchada. Aprendí a leer y a escribir de su mano y a soñar y a vivir una vida mejor y a desear por las noches, con todas mis fuerzas, que nada cambiara y que ningún mal pudiera traspasar los grandes portones de aquel hermoso jardín de mil flores.

Han pasado casi ochenta años y aún continúan frescos en mi mente todos aquellos sentimiento y el placer y la paz que sentí formado parte de sus vidas. Y nunca, nunca se me olvida rezar por mi maman, ma pére y por mi abuelita y le doy gracias a Dios por ponerme en su camino, por todo el amor que derrocharon en aquella pequeña, sucia y enferma criatura que ni siquiera tenía la pretensión de continuar viva.

Recuerdo una casa muy grande, un negro y empinado tejado a dos aguas con numerosas mansardas y un gran ventanal francés desde donde los crudos días de invierno comiendo castañas asadas y abrigados por el calor del hogar podíamos ver el inmenso jardín cubierto de nieve rodeado de once magnificas casas de oscura piedra. Todas iguales y unidas entre sí. Y a la abuelita y a sus 11 hijos ya mayores y a sus nietos paseando y jugando con la nieve.

Y siento que eso es exactamente lo que siempre he añorado y deseado tener junto a mí.

Mi familia.

# Mi hogar.

Cuando me recuperé y aprendí el idioma, al menos para poder defenderme, ingresé en un internado, mis padres querían que yo estudiara, que me labrara un futuro. ¡Nada que ver con mí otro colegio, ni con los profesores! Aquí todo se pedía por favor y se hacía con educación y yo tenía un cuarto para mi sola. Se me daba bien estudiar, sacaba muy buenas notas e hice muchos amigos.

También llevábamos uniforme, oscuro, pero no recuerdo bien como era. Pero si que el comedor era muy amplio, como el del orfanato, pero este tenía muchas ventanas que terminaban en arco y los cristales estaban divididos en amplias y limpias cuadrículas desde donde podíamos ver un verde y amplio jardín lleno de arboles y que colgaban hermosas cortinas color ocre de grandes flores azules, naranjas y rojas a los lados y de sus techos magnificas lámparas de pequeños cristales. La comida nos la servíamos nosotros mismos cogiéndola de los expositores que la mantenían caliente, pero teníamos que coger de todo, no solo lo que nos gustaba, porque una cuidadora vigilaba lo que nos echábamos. Las mesas estaban dispuestas en grandes filas y nos sentábamos con las amigas, cuando terminábamos teníamos que recoger la bandeja y dejar la mesa limpia.

Recuerdo que estaba muy lejos de casa porque tardaba mucho en llegar el autobús que nos trasportaba a todos, una gran muralla de piedra delimitaba el recinto de la escuela, que había columpios para los más pequeños, pistas de tenis, de atletismo y una gran piscina cubierta donde nos enseñaban a nadar.

Me acuerdo de un bañador amarillo y blanco con pequeñas margaritas cosidas alrededor del escote.

Teníamos gimnasio y un gran salón de actos donde a menudo nos ofrecían charlas y representaciones teatrales, ¡y en navidades y a final de curso las hacíamos nosotros! En una ocasión yo hice de reina por navidad y me disfrazaron con un traje muy bonito que cosió mi mamie (mi abuelita).

Me gustó ser la protagonista del cuento.

Los fines de semana los pasaba con ellos: nos gustaba esquiar, durante la temporada de nieve salíamos a esquiar siempre, Berta esquiaba muy bien. Parece que aún la estoy viendo con aquellos gruesos pantalones negros ajustados a su cuerpo, un amplio y cálido jersey rojo haciendo juego con su gorro de lana y a sus pies ajustados a unos esquís volando por una imposible pendiente mientras que papá y yo casi no nos atrevíamos con pequeñas bajadas.

En el buen tiempo muchas veces hacíamos excursiones largas y conocí Paris, Lion, y recuerdo que en Lourdes le dejé una carta pidiéndole por la salud de mi madre a la Virgen y recorrí sus catorce estaciones con sus estatuas a tamaño natural.

¡Parece que aún estoy viendo la carretera, la virgen al fondo y al otro lado el rio!

Recuerdo que en casa, en la calle, a los lados de las cunetas bajaba agua y cada cierto tiempo había una alcantarilla y que tirábamos los barquitos de papel por allí y corríamos a cogerlos cuando llegaban abajo. También que en la buhardilla de la abuela había muchos juguetes de cuando mi maman y mis tíos eran pequeños y a mí me gustaba subir a jugar allí a pesar de la cantidad de ellos, y todos nuevos, que tenía en mi habitación; pasaba horas sola jugando, me gustaba jugar con todos aquellos viejos juguetes.

Siempre me ha gustado la soledad.

El pueblo era grande y precioso. Rodeado de montañas, pinares, flores e innumerables manantiales y lo cruzaba de punta a punta un pequeño rio que bajaba siempre con fuerza. En pleno Pirineo francés allí nunca hacía demasiado calor y la temperatura se mantenía más o menos constante y agradable. Ni siquiera recuerdo que hiciese mucho frio en invierno, pero seguro que lo hacía.

Todos los tejados eran de pizarra, empinados. Y raro el que no tenía más de una mansarda en él con amplios y lucidos ventanales de madera pintada de blanco. De estas y de los balcones de casi todas las casas del pueblo colgaban innumerables jardineras llenas de flores que adornaban y llenaban de luz las amplias y empedradas calles. También había muchos parques y jardines todos verdes y llenos de arboles con fuentes, estatuas y parterres.

# La abuelita

Las casas de mi familia estaban muy cerca del rio y cerca del actual museo Salies. Ocupaban toda una manzana, el jardín dentro, en el centro, rodeado de todas ellas y teníamos un invernadero donde mi maman cultivaba sus hermosas plantas, un pruno muy grande que daba mucha sombra y el suelo estaba sembrado de guijarritos blancos.

La abuelita siempre iba con una cestita arrancando las hierbas que salían entre las piedras.

Pese a que desde septiembre del 39 y hasta el mismo mes del 45 aquí estábamos también en guerra, porque en Europa se estaba librando la Segunda Guerra Mundial yo no la recuerdo, porque no la viví, tuvimos suerte, nunca estuvimos en zona ocupada por los nacis y nuestras vidas, al menos la mía, no se resintieron con ella.

Solíamos ir a comer los domingos a casa de mi mamie y ella siempre guisaba lo mismo, o a lo mejor es que es lo que más me gustaba a mí y solo recuerdo eso: asado de carne, patatas y ensalada de pimientos rojos.

Le gustaba mucho hacer dulces y lo normal cuando ibas a su casa los domingos por la mañana era encontrártela con las manos llenas de harina. Sus Gateau que hacía sobre las ascuas de la lumbre de la cocina vertiendo la masa muy poquito a poco sobre un rodillo que iba dando vueltas muy rápido con una manivela que luego sacaba e iba cortando como si fueran rosquillas y que llevaban agua de azahar, azúcar, ron, muchos huevos, mantequilla y harina eran los mejores de la comarca ¡Estaban divinos! También hacia unas tartaletas que rellenaba luego de frutas y nata liquida y las metía en el horno. Recuerdo que muchas de esas mañanas la ayudaba a preparar sus deliciosos dulces.

¡También ayudaba a que no se le quedaran duros los pobres!

El salón de la abuelita era el más grande de todos. Recuerdo una chimenea y una gran mesa de madera cubierta por un mantel blanco y a todos, a mis tíos, a mis padres y a mis primos sentados a su alrededor disfrutando y charlando entre nosotros. ¡Me encantaban los domingos!

Mi maman se llamaba Berta y mi mamie María. Berta era voluntaria en la Cruz Roja. Mi pére no trabajaba, y muchas veces estaba ingresado en el hospital o en su habitación en la cama, estaba enfermo a consecuencia de los gases de la guerra. Era muy alto y delgado, muy serio y muy, muy bueno. Creo que había sido militar y luchado durante la primera guerra mundial, que allí había enfermado y que por eso estaba ya jubilado.

Berta, ya lo he dicho, trabajaba de voluntaria en la cruz roja, y muchas veces se ausentaba de casa durante algunos días ocupada en su trabajo, pero también le gustaba mucho su invernadero y este cuando ella no estaba lo cuidaba un tío mío, pero no recuerdo su nombre.

Siempre teníamos flores frescas en la cocina, en el salón y en el recibidor que daban muy buen olor. ¡Aún lo recuerdo! Y que como nuestra casa era grande y daba bastante trabajo teníamos a una señora que nos ayudaba y que vivía con nosotros. Era muy cariñosa conmigo pero se enfadaba mucho cuando dejaba mis cosas tiradas o cuando me pasaba por la cocina y pellizcaba la comida de la nevera. Se la llevaban los demonios. Siempre se chivaba a maman. “*¡Luego no comes, Mari Tere*!” me reprendía Berta.

No se me olvida aquella nevera.

Toda blanca, de madera, Kevinator rezaba en una de sus puertas en letras plateadas. Simulaba a un enorme armario con cierres de presión parecido a los que vi años después en algunas casas en el pueblo pintados sus cercos en blanco y las puertas amarillas o verdes; solo que aquellos solo servían para guardar el pan y los platos y esta enfriaba y alrededor de sus puertas sobresalían gruesas gomas negras, como las de ahora.

# El molino

En una ocasión después de comer en el restaurante de unos amigos de mis padres que estaba en un pueblo cercano al nuestro fuimos a dar una vuelta y se vino con nosotros su hijo porque éramos compañeros en el colegio y amigos.

Cerca del rio vimos un pájaro muy raro y salimos detrás de él. El ave tenía un plumaje muy bonito pero apenas podía volar, levantaba el vuelo y caía unos metros más adelante; nosotros corríamos y chillábamos intentando cazar al pobre y sin darnos cuenta nos alejamos de nuestros padres y del camino. A pesar de la torpeza del ave nos costaba acercarnos porque había mucha hierba, arboles y matorrales, y en una ocasión mi amigo con la emoción de correr tras el ave se comió un arbusto y se hizo una pequeña herida en la frente. Nos regañaron por hacer tanto el loco, pero al momento ya estábamos otra vez corriendo porque el pájaro volvió a aparecer.

Llegamos al rio y encontramos una pequeña noria que había junto a un molino abandonado, estaba parada y a mí no se me ocurrió otra cosa que apoyarme sobre una de las palas para poder asomarme sin asustar al pájaro posado sobre una vieja rama en la otra orilla.

Al hacerlo solté el freno y la noria empezó a girar, mi chaqueta que se enganchó con un clavo comenzó a estirarse en demasía. Yo que intento soltarla me aúpo sobre la pala para hacer fuerza y ya no me puedo bajar y sin tiempo de reaccionar tan solo puedo sentarme y agarrarme fuertemente a los laterales de la cazuela porque veo que empiezo a elevarme sobre el rio lentamente y estoy perdiendo el equilibrio. Alcanzo la cumbre e inicio el descenso porque las palas que ya se han cargado de agua bajan con bastante fuerza y yo que me veo estampada en el fondo del rio chillo llamando a mi pére pero cuando llega él ya estoy dentro del rio empapada.

¡Qué fría estaba!

Mas que la del lavadero que estaba al fondo de la calle y bastante alejado de casa donde iban a lavar las mujeres del barrio y donde de vez en cuando también bajaba yo con la nana o las tías a lavar la ropa de mis muñecas con mis primas y subíamos cargadas y empapadas de agua con nuestros pequeños cubos en la mano.

# La batalla olvidada.

Y mientras que a mí ya solo me pasaban cosas buenas, en Sotodosos sé, por lo que me contaron, que el frente estuvo muy cerca y que aquí no lo pasaron bien. El pueblo fue saqueado constantemente por ambos bandos y yo misma mientras pasteaba con las ovejas pude ver la cantidad de trincheras que cruzaban el monte dividiendo los dos frentes muy cerca de la población, algún que otro uniforme, cascos, armas, munición, y hasta objetos personales como fotografías, cartas y documentos medio sepultados dentro de ellas, los nidos de ametralladora, la casa del comandante y los tremendos boquetes que dejaron los cañonazos que impactaron en el monte y que hicieron arder esta tierra durante “La Batalla Olvidada”.

Esa y otras batallas que también se lidiaron en estas sierras durante años, en las que perdieron sus vidas cientos de almas y de las que no hablan libros ni cronistas dejaron profundas heridas aún abiertas en sus montes desde Abanades hasta los mismos límites de Torre Saviñan. Españoles, de aquí, de todos los puntos de España, pero también muchos *“moros”,* a los que se les había asegurado la salvación eterna si morían en España e italianos mandados por Benito Mussolini para ayudar a su amigo y aliado Francisco Franco. Cuentan que en el pueblo de Abanades se tiraban días enteros enterrando cuerpos durante las treguas.

Una gran franja ancha, alta y profunda de trincheras, muchas construidas por el ejército republicano y por las que se desplazaban hombres y las escasas máquinas con las que contaban para defender sus líneas intentando impedir el acceso de “los golpistas” a la capital de España y a la victoria. Por las otras también hombres de la misma tierra, también maquinas intentando dividir la España republicana en dos y alzarse con la victoria.

Me contaron que a mediados de marzo de 1938 la catorce División del ejército Republicano preparaba una gran ofensiva: “la última semana de ese mismo mes romperían el cerco que los nacionales habían fortificado en torno a Sotodosos y Riba de Saelices dando al traste con los planes Franquistas de dividir la península”. Para ello grandes refuerzos y un nuevo y flamante cañón que les haría ganar de una vez la batalla. Lo habían enviado desde Zaragoza e introducido sorteando mil inconvenientes por caminos desde Saelices de la Sal hasta el “Alto de Esplegares”, a “la Nava” y luego por “el Chozón”. Pero se averió el camión que lo transportaba en un cruce de caminos cerca de “la Mocasilla”; aún zona republicana pero muy peligrosa porque es un llano, amplio y despejado badén sin refugio ni manera de protegerse, rodeado de carrascas y chaparras dominadas ya por “los nacionales” desde donde les podrían disparar y ser sorprendidos.

La zona estaba en calma y no había enemigo a la vista e intentaron por todos los medios no ser descubiertos. En silencio y rápidamente talaron varias carrascas y ocultaron la máquina entre sus ramas. Luego solicitaron refuerzos y algún mecánico y se parapetaron a cubierto los hombres que desde una posición segura habrían de cubrir a los pobres mecánicos y comenzaron la reparación que les llevaría tiempo.

Si no hubiera sido porque uno del pueblo descubrió un árbol donde no lo había e informó a los mandos la operación se hubiera llevado a cabo con éxito. Y no pudo ser de otra manera “los nacionales” quisieron aprovechar la avería para hacerse con el botín y realizaron numerosas incursiones.

Murió mucha gente: los unos intentando defender y reparar el aparato y los otros robarlo a toda costa.

No hubo tregua.

La última noche, cuando parecía que toda aquella masacre llegaba a su fin porque la maquina había sido arreglada y esperaban el amanecer y refuerzos para ponerse en marcha, el soldado que hacía guardia se quedó dormido y fue sorprendido y muerto por el enemigo que robó el cañón. Y la batalla no pudo acabar rápidamente porque desde las líneas enemigas les bombardeaban con su propio mortero que les había sido robado por culpa de un soldado, que posiblemente agotado y con frio había encontrado cómoda la postura y se había quedado dormido.

Aun así como estaba previsto en la fecha señalada se inicia la encarnizada ofensiva. El día 5 de abril parece que la batalla se inclina hacia el lado republicano porque el batallón doscientos ochenta se infiltra por la retaguardia de *“la Mocasilla”* y toma el fortín principal de la vertiente este del frente. Pero aún habría que esperar hasta el 18 tras casi tres semanas a que el frente se estabilice y termine la batalla con más de siete mil bajas.

Pero soldados, bombas y balas continúan ahí, y con ellos constantes refriegas y muertes.

Tan solo se había modificado un poco el frente.

# Sotodosos

Sé que no lo eligió, que a este pueblo le tocó estar del lado de “los nacionales” y que durante la contienda los oficiales fueron distribuidos entre las casas donde comían y dormían durante sus descansos y que los vecinos con mejor o peor gusto tuvieron que ponerse a su servicio. Mi madre mandó tapiar un trozo de su habitación para poder ocultar el grano y poder sembrar al año siguiente, a él se pasaba por una trampilla que había colocado en el techo de la cuadra y supongo que en el resto de las viviendas harían lo mismo.

Pero no les sirvió de nada.

Sé que cuando la contienda les llegó hasta las mismas puertas muchos vecinos prefirieron abandonar sus viviendas a perder sus vidas, incluida Isabel, y durante meses tuvieron que cobijarse en casa de familiares y conocidos de pueblos vecinos y que cuando regresaron habían expoliado sus hogares.

También sé porque me harté de oír sus historias, que llegó un momento en el que en el pueblo no quedaba ni un solo animal. Y que además de miedo pasaron hambre a causa de los constantes saqueos de los que fueron objeto. Los unos confiscando cabras, ovejas, gallinas y cerdos vivos bajo el miedo y la amenaza de las armas, los otros comiéndoselos ya cocinados y cómodamente sentados con los braseros bajo las mesas calentándoles los pies y servidos en los mejores platos de la casa mientras que sus calzones se oreaban sobre la fresca hierva de las fuentes.

Y muchos fueron los que me relataron la historia de un joven que pasteando cerca del “Alto Hondonero” con sus ovejas durante una de las escasas treguas que por fuerza tenían que hacer en el frente se dejó llevar por estas, se adentró en zona roja y le confiscaron todas las ovejas un grupo de soldados del bando republicano. Ellos que tampoco lo estaban pasando bien al menos durante unos días comieron carne, pero él se tuvo que venir al pueblo con el miedo metido en los huesos y sin su ganado que seguramente sería su única riqueza a causa de su despiste. Y que posiblemente por ello él y todos sus descendientes después eligieron estar del lado de “los nacionales” aunque nada supieran de su ideología ni del porque de la guerra. Tan solo porque Franco se alzó victorioso, él había estado en “territorio nacional” y los rojos le habían robado su hacienda.

Y que a cuenta de este mismo incidente unos días después fusilaron a un pobre aldeano, al que ni siquiera habían robado, por atreverse a subir hasta el puesto de mando republicano que estaba muy cerca de “la Calera”. *“Entiendo que ustedes también tienen que comer”, “pero no cojan los rebaños enteros, procuren coger de todos un poco” “Así dejan a unos en la miseria y a otros con sus rebaños enteros”* rogó el mozo. “Los rojos” no atendieron sus peticiones. ¡Cómo podrían!, pero le dejaron libre.

Volvió a casa y contó orgulloso su hazaña convencido de que de algo habría de servir. Y por ello a él, por defender a los suyos, le denunció su propio hermano, que no era otro que el despistado pastor al que le habían confiscado el ganado.

Y entendieron “los golpistas” que *“el desgraciado”* había subido hasta el puesto de mando de “los rojos” a dar parte de sus defensas y sin juicio ni defensa fusilaron al pobre hombre junto a la pared del cementerio.

Y orgulloso me contaba infinidad de veces otro mozo que él con apenas dieciséis años cuando el señor comandante tenía que comer en el frente él se jugaba el tipo tirando valientemente de su borrico, arriesgándose a que “los rojos” le interceptaran cruzando el monte por subirle los aún calientes pucheros de barro con los ricos platos que había guisado su madre.

Y sé porque me lo contó Matías que había que tener cuidado de lo que hablabas y con quien lo hacías porque si los militares se enteraban o alguien te denunciaba ante las autoridades que habías votado a la República te podían acusar de rojo y ser juzgado por el Tribunal de Responsabilidades Políticas. Oí que aquí en Guadalajara fusilaron a más de 170 personas por ese y otros motivos similares tras la guerra. Y que alguno pasó hambre por guardar los dineros en previsión de tiempos peores, porque no había que comprar o porque lo tenía de más y cuando acabó la guerra tuvieron que destruirlo; nada valía y si te pillaban con él los militares te detenían también por "rojo", y suerte tenias si no te fusilaban de camino a los calabozos de Sigüenza privándote hasta de una mínima defensa y dejando tu cadáver tirado en alguna cuneta.

# Isabel en Guerra.

Y después de lo contado ¡Que puedo decir entonces que no os hayáis imaginado ya de cómo tuvo que pasar Isabel la guerra y los años que vinieron después!

Aun así tengo que contarlo porque a su regreso no volvió a ser la misma. ¡Cómo podría! Si había tenido que dejar que enterrasen el cuerpo de su pequeña en una fosa común por no saber identificarlo.

*¡Cómo era posible! ¡A la carne de su carne!*

*¡¿Qué clase de animal era?!*

El pueblo estaba diferente ya habían entrado los militares y para colmo aquel fue el invierno más duro de los últimos cincuenta años. Se helaron los campos, se perdieron las cosechas y la poca ayuda que recibía de la familia de su difunto esposo se fue menguando poco a poco hasta quedar en nada porque ellos tampoco podían.

Y sin nada que llevarse a la boca, aun torpe y sin experiencia, no le quedó más remedio que hacer uso de sus armas para ganarse algo del favor de aquellos hombres que estaban en condición de ayudar. Pero esas armas de poco sirven si no sabes disparar, e Isabel no sabía. Los viajes a Guadalajara y Sigüenza para preguntar por su niña, algo de leña y de comida es lo que conseguía.

Había días que le flaqueaba la fe, renegaba de todo y nada quería saber de ese dios piadoso que a ella tanto castigaba. Días en que si salía a la calle, si hacía lo que hacía, era porque no le quedaba otro remedio que ganarse la vida porque tenía otra hija a la que alimentar.

Porque había que trabajar.

Y otros, aquellos en que recibía los escuetos telegramas de Manuel y sus giros postales o se acordaba de ellos porque ya se había gastado el dinero, no tenía más, y tampoco sabía si llegarían otros, pensaba en que si Manuel que estaba “*al otro lado del charco”* había podido encontrarla, escribir y mandar dinero *¿Por qué no recibía noticias de ella?* Si él había podido encontrar a Isabel, tan lejos y con aquella guerra *¿por qué no pudo ella encontrar a su niña?*

Días en los que *le tentaba escribir una carta* contándole lo que había pasado a ver si él podía encontrar a Teresa. Pero nunca lo hacía.

Porque estaba muerta.

Y cuando se enterase él, cuando supiese que su hija había desaparecido *¿qué pensaría Manuel?* La culparía a ella por haber vuelto al pueblo a casarse con Mariano, por dejarla en la Inclusa, por no haber sabido cuidar de su niña.

Y sabía que no debería coger ese dinero y que no podría devolverlo porque lo necesitaba. Que sin él nunca habrían subsistido.

De nada servía untar con manteca de cerdo grietas y llagas y vendar sus manos por las noches porque a la mañana siguiente no podía trabajar así y tenía que quitar las vendas, aunque dolieran y se hiciesen más grandes las heridas. De poco servía lavar, planchar y coser para otros. No quedaba gente en el pueblo con posibles para pagar sus servicios y casi tenía que regalar su trabajo.

A cambio de un puñado de garbanzos hacia lo que le pedían pero no alcanzaba.

Jamás podría ella devolverle a Manuel su dinero.

En sus telegramas bien claro lo decía: *“Te mando este dinero para nuestra hija. Espero sea suficiente”.*

Pero no lo era porque aun sin estar yo apenas alcanzaba el dinero.

Y tendría que devolverlo porque su niña *¡ESTA MUERTA!* Porque de lo contrario la habría encontrado porque no había dejado ni un centímetro de Guadalajara sin buscar. Y no estaba.

*“Y Manuel ¿qué había hecho?*

*Nada.*

*Salir corriendo y disfrutar con su señora mientras ellas se quedaban solas”.*

“*La culpa solo la tiene él ¿Qué explicación le debo*?” decidía entonces enrabietada.

Supo unos meses después de su regreso que algunas monjas no habían sido fusiladas aquel día, que se habían escondido y que permanecieron ocultas mucho tiempo por miedo. Desde entonces una pequeña esperanza. Volvió a Guadalajara, al convento donde se ocultaban. Tal vez ellas también escondieron a su niña.

Pero nada sabían de su paradero aunque le aseguraron que entre los cuerpos hallados en el colegio no estaba el de María Teresa.

*“Mi niña está viva”.*

Acudía a diario, los días en que no renegaba, a la ermita de la virgen de la Vega, su virgencita, a pedirle noticias. Las que fueran. Con tal de acabar con aquella terrible angustia.

Pero lo que en realidad pedía era *¡Un milagro!*

¡Encontrarla!

*Y si no está muerta ¿Dónde está? ¿Quien se está ocupando de ella? ¿Qué peligros estará corriendo sola y con aquella guerra?* Y ella por su tonta cabeza, por dejarla sola, sin poder hacer nada para proteger a su Teresita.

*“Pero sí, sí que lo está. Está muerta. Y solo yo he tenido la culpa”.*

*“¡Esta muerta!”*

Estas y no otras eran sus cantinelas diarias mientras comía, mientras trabajaba, mientras cocinaba, mientras dormía, mientras buscaba la manera de ganarse la vida, mientras fregaba.

Mientras vivía.

Algunas madrugadas se despertaba sobresaltada sintiendo el hambre, el frío, el miedo, la soledad de Teresa.

*“NO. No lo está. Esta viva. Mi corazón me lo dice. Lo siento. Lo sé. Está viva. Lo está”. “Tengo que salir a buscarla”* Se repetía entonces angustiada.

Entretanto Fe creciendo, muy diferente a ella. Y con su diferencia recordándole a cada instante a su María Teresa. Y aquella vida tan dura, tan de aquella manera, ¡tan cruel la puta guerra! enfrentando a padres y hermanos. Y el pueblo y el trabajo y la pena. Y más trabajo. Más de lo mismo un día tras otro mientras que en su cabeza solo tiene una idea: su niña, su niña Teresa.

Esa y no otra fue la vida de Isabel desde que estalló la guerra.

# Eduardo.

Esta no es mi historia, es la de él.

53 días, a más de un mes del bombardeo del 7 de diciembre en Guadalajara y mientras yo ya estoy de camino a Francia, viviendo algunas penas y ajena a las que aún están por llegar, el treinta de enero de 1937, a 169 días, o lo que es igual, seis meses y diecinueve días del comienzo de la guerra casi hace seis que Ceferina no ve a Luis, su marido.

Y es que cada uno va por su lado sin apenas verse porque no pueden: ella incómoda por la escasa intimidad, aburrida y prácticamente recluida en los barracones de las mujeres y Luis cumpliendo órdenes y demasiado ocupado con su instrucción; ¡y todo porque un día en un patriótico ataque se enroló en el ejército para luchar por sus ideales!

*“¡Qué sabrá él de guerras, ni gaitas! Si solo es un triste albañil.”*

Y lo que más le escuece es que se enteró de todo aquello por un militar que llegó a su casa de la calle Lago Constanza, muy cerquita del cementerio de la Almudena donde su marido estaba trabajando haciendo unos nichos que le había encargado el ayuntamiento, una tarde ¡que pensaba ella que Luis estaba trabajando en la obra! con una orden de traslado inmediato para la niña y para ella, que ya tenía buena barriga. Y tuvo que recoger cuatro cosas a toda prisa mientras el militar esperaba en la puerta para acompañarlas hasta la estación de Atocha y allí coger el tren que habría de llevarlas hasta el Centro de Instrucción de Brigadistas de Casas Ibañez, Albacete, porque su marido, que ya estaba de camino, tenía que recibir la instrucción para después incorporarse a su batallón como Guardia de Asalto.

*Así que Luis de golpe y porrazo había dejado de ser Albañil para convertirse en militar y luchar por la República ¡y ni siquiera lo habían hablado!*

Y mientras piensa, recuerda y repiensa sus cuitas se echan las tres de la mañana y aunque hace rato que han comenzado los dolores y sabe que debería de acercarse al ala hospitalaria no quiere porque junto a ella duerme la niña y no desea despertarla, ni dejarla sola. Y tras reponerse de una nueva embestida mira y cubre un poquito más con la manta a su hija.

*“Pobrecita.”*

Aguanta los primeros envites, respira hondo, en silencio para no hacer ruido y despertar a la niña y a tantas otras mujeres que comparten con ella el pabellón de mujeres. *“¡A ver si pasa y llega el amanecer!”* Pero sabe que eso no va a ir a menos, ni a pasar porque hace horas que rompió aguas.

Las seis y ya no aguanta más, y siente tanta presión en su bajo-vientre que tiene que despertar a la criatura porque al intentar levantarse no puede*. “Anda cariño ve y avisa al médico que tu hermano esta al llegar”* le dice a una soñolienta niña de poco menos de tres años mientras zarandea su hombro. La niña acostumbrada a cumplir sin queja las órdenes de la madre se levanta sigilosa, se mete a tientas los zapatos que hasta que encajan lleva en chancletas y sin siquiera mirarla, casi dormida, sale de la habitación.

Cuando vuelve, tan solo tienen que cortar el cordón.

Luis que está en su unidad militar de instrucción de las brigadas Internacionales junto a compatriotas y voluntarios de más de 54 países de diferentes ideologías dirigidos, organizados e instruidos por alemanes, austriacos, búlgaros y franceses no se entera de que ya es padre por segunda vez de un precioso varón hasta la noche siguiente; cuando a Ceferina viendo lo bonito y sano que esta su bebé ya se le ha pasado la mala leche.

El bebé tiene mucho pelo *¡y muy negro!,* no se atreve ni a cogerlo, pero acaricia su sonrosada carita con su índice, le arropa, y dice en voz alta lo que ya ha decidido *“Se parece a mi padre. Le llamaremos Eduardo, como él”.*

La madre, que no le cae nada bien “el suegro”, pone mala cara y alguna escusa que otra, pero al final no deja de reconocer que el nombre es bonito y accede.

Orgulloso y con un permiso especial Luis se acerca al pueblo, compra unas cuantas cosas que le ha encargado Ceferina, se llega hasta el ayuntamiento e inscribe al niño con el nombre de Eduardo, hijo de Luis García y Teresa Navalpodro, nacido en el cuartel de Casas Ibáñez, Albacete, el día 31 de enero a las seis y media de la mañana. Un buen amigo que ha conocido en el cuartel firmará el acta de nacimiento junto a él.

*(En realidad el nombre de su mujer no es Teresa sino Ceferina, pero a su madrina no le gustaba ese nombre y desde muy chiquitica comenzó a llamarla Teresa y, con el tiempo, todos terminaron llamándola así, ella no sabe que se llama Ceferina y no Teresa ¡Como para saberlo él!*

*Pero esa, es otra historia.)*

En marzo Eduardo ya tiene dos meses, crece fuerte y saludable, es un bebé encantador, muy risueño, que come mucho y apenas llora y Ceferina ya se ha acostumbrado a no ver apenas a su marido porque bastante tiene con ocuparse de sus niños; ¡bueno, tal vez un poquito por las noches!, pero, aunque tema por su salud y su vida, poco le afecta cuando Luis le cuenta entusiasmado que en unos días finaliza la instrucción y que bajo las órdenes de Ricardo Burillo Stholle, comandante de Infantería agregado a la Guardia de Asalto, perteneciente a la novena división partirá con destino a Aranjuez donde luchará como Guardia de Asalto. (Los libros de historia recogerán esa batalla como “la Batalla del Jarama”, una de las más largas, duras y decisivas de la Guerra Civil española).

Poco le importa a ella la guerra, ni esos nombres tan rimbombantes. Poco le importa a ella todo lo que tenga que ver con la guerra. Lo único que quiere es salir de aquel lugar de una vez y volver a casa, a Madrid.

Aún no le ha perdonado a su marido que tomase esa decisión tan importante sin siquiera comentárselo a ella (siempre fue un poco rencorosa, pero os digo una cosa ¡si es mi marido, LO MATO!).

Ceferina regresa junto a sus dos hijos a su casa de Madrid. Sola.

Y allí, entre sus cosas, comienza a echarle de verdad en falta.

Y aunque estamos en guerra la capital aún está a salvo pero anda revuelta y peligrosa. El sueldo es bueno y de momento llega regularmente a casa, no tienen apuros económicos pero sus padres y sus hermanos viven en Mirabueno, un pequeño pueblecito junto a la carretera de Barcelona en la provincia de Guadalajara, a unos cuarenta kilómetros de Sotodosos, el pueblo de Isabel y, aunque más cerca de Madrid aún está muy lejos y no tiene muy buena relación con sus suegros, ni con su cuñada, *“que siempre está pidiendo por esa boquita”,* y sin más familia no le queda más remedio que apañarse sola y pedir de vez en cuando que le echen una mano sus vecinos; ¡menos mal que son todos buena gente!

Pasan los meses y mientras Luis guarda con valor su vida en el frente Eduardo y su hermana van creciendo, él es un niño grande y risueño y ella, aunque un poco trasto, es ya toda una mujercita que ayuda mucho a su madre con el bebé.